

PEREGRINOS Y PROFETAS DE ESPERANZA

“Rema mar adentro” (Lc 5,4)



Carta Pastoral del Arzobispo de Mérida-Badajoz a todos los sacerdotes, consagrados y laicos que peregrinan en esta Iglesia particular

Índice

	Pág.
Saludo y presentación	5
I. Mirando a la realidad que nos rodea	9
Aspectos esperanzadores	9
Aspectos críticos	10
Manos a la obra	12
II. La Iglesia que necesitamos y queremos ser	15
Una Iglesia, Icono de la Trinidad	15
Una Iglesia particular encarnada en un contexto cultural y social	16
Una Iglesia en salida	17
Una Iglesia diálogo, Iglesia coloquio	18
Una Iglesia arriesgada, esperanzada, audaz y alegre	18
Una Iglesia pobre, generosa, gratuita y servicial	19
Una Iglesia comunitaria, sencilla y corresponsable	20
Una Iglesia misericordiosa	21
Soñando una Iglesia misionera y evangelizadora	21
III. Sacado de entre los hombres para servir a los hombres	25
Sacerdotes con olor a oveja	25
Gracias a lo que sois	25
Mirando a nosotros mismos	25
Mirada agradecida sobre nuestra vocación	25
Reavivemos el don recibido	26
Embajadores de Cristo y servidores de la Iglesia	27
La formación permanente	27
Psicología de la tumba	28
Mirando a nuestro alrededor	29
En Extremadura	29
En una sociedad cada vez más secularizada	31
En una sociedad en la que cada día el sacerdote es más irrelevante	34
Seminaristas	35
IV. Los consagrados, cultivadores del asombro	37
Un trabajo inacabado	37

Crear fraternidades y despertar esperanza	38
En actitud de discernimiento	39
Ser profetas. No jugar a serlo	40
Optar por una formación artesanal	40
Haciendo “memoria deuteronomica”	41
A las contemplativas	42
V. Laicos en una Iglesia evangelizadora	45
Un compromiso evangelizador con nuestra Región Extremeña	45
Una caridad social y política	46
Una espiritualidad laical	47
La formación del laicado	47
La familia, los jóvenes, las personas marcadas por el sufrimiento	49
La familia	50
Jóvenes	51
Las personas marcadas por el sufrimiento	54
A los periodistas y autoridades	56
A los periodistas	56
A las autoridades	57
VI. Para concluir	59
Abreviaturas	61

PEREGRINOS Y PROFETAS DE ESPERANZA

“Rema mar adentro” (Lc 5,4)

Carta Pastoral del Arzobispo de Mérida-Badajoz a todos los sacerdotes, consagrados y laicos que peregrinan en esta Iglesia particular

SALUDO Y PRESENTACIÓN

Queridos hermanos y hermanas: ¡*El Señor os dé la paz!* Esa es la paz, el *shalom*, que nos regala el Señor resucitado (cf. *Jn 20,21*). Esa es la paz que necesitamos y que va mucho más allá de la ausencia de violencia. Esa es la paz con sabor a reconciliación integral: con nosotros mismos, con Dios, con los demás y con la creación entera. Esa es la paz que deseo a todos los que formamos parte de esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz.

Y mientras os saludo con esas palabras con las que saludaba san Francisco a todos los que encontraba en su camino, con estas letras quiero llegar a todos vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, allí donde os encontréis: en vuestros hogares, en vuestros lugares de trabajo y en vuestros lugares de sana diversión y de descanso. Quiero llegar a vosotros también que os encontráis en los hospitales, visitados por la enfermedad y el dolor; en las residencias para ancianos, probados muchas veces por la soledad; en las cárceles, privados de libertad, y en cualquier situación de vulnerabilidad y de pobreza. Para todos: pobres y ricos, sanos y enfermos, jóvenes, niños y ancianos, quiero hacerme portador del abrazo de Dios Padre; de un Dios que es amor (*1 Jn 4,8*) y que camina a nuestro lado (*Lc 24,13-35*); de un Dios que es bondad y sale a buscarnos cuando andamos descarriados (cf. *Lc 15,1-7; 15,11-32*). Permitamos, queridos hermanos, que el Dios revelado en Jesucristo entre en nuestras vidas, y permitidme también a mí que comparta con vosotros, como pastor, amigo y hermano, este trozo de camino que el Señor ha dispuesto que compartamos.

En el camino que nos espera no nos van a faltar dificultades, pero tengamos la certeza de que no estaremos solos. Al inicio de este nuevo curso siento que el Señor nos

repite a cada uno de nosotros, una y otra vez, en la situación concreta en que nos encontramos, lo que un día dijo a Jeremías: “Yo estoy contigo” (*Jr 1,7*), o como dijo a Isaías: “No temas, porque yo estoy contigo, no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortalezo, te auxilio, te sostengo con mi diestra victoriosa” (*Is 41,10*). Sí, él está con nosotros todos los días (cf. *Mt 28,20*). Y si el cansancio llegara a desmoralizarnos, el Señor nos dice como al profeta Elías en momentos muy delicados para él: “Levántate, come y echa a andar pues el camino que te espera es demasiado largo para ti” (*1 Re 19,7*).

La promesa de que el Señor camina con nosotros y que experimentamos desde la fe ya como una realidad nos llena de esperanza. De esa “esperanza que no defrauda” (*Rm 5,5*); de esa esperanza que es fuente de alegría y a la vez nos hace *peregrinos y profetas de esperanza*, anunciadores, en todas partes y a todos, de aquel que “es nuestra esperanza” (*1 Tim 1,1*). Siempre a condición de que en nuestra vida no falten momentos de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, “puerta” de salvación (cf. *Jn 10,7.9*).

Frente a la posibilidad de que surjan en nosotros sentimientos contrapuestos de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda, dejémonos conducir por el Espíritu que nos empuja hacia el futuro. Él reavivará nuestra esperanza y nos llevará a redescubrirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos ofrece y que se nos invita a escrutarlos y a interpretarlos a la luz del Evangelio, de manera que podamos responder “a los perennes interrogantes de la humanidad”¹. Él nos dará la fuerza para transformar incluso los signos de muerte en signos de vida y esperanza.

Con esta certeza renuevo a todos los miembros de esta Iglesia particular la llamada que hice, de una manera u otra, en repetidas ocasiones desde el inicio de mi ministerio episcopal entre vosotros: rememos mar adentro, echemos las redes (cf. *Lc 5,1-11*), no nos cunda el desaliento ni el miedo. *No nos dejemos vencer por el desánimo. Que nadie nos robe la esperanza*, como nos pide el Papa Francisco.

Y después de pedirnos permiso para entrar en vuestras vidas, siendo mi primera Carta pastoral a todos los miembros de la Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, sacerdotes, consagrados, seminaristas y laicos, deseo invitaros a reflexionar, a la luz de la Escritura Santa y del magisterio de la Iglesia, particularmente del Papa Francisco, teniendo como telón de fondo el Concilio Vaticano II, sobre la misión que cada uno está llamado a desempeñar en nuestra archidiócesis, según su propia vocación, con el objetivo de entrar en diálogo con cada uno de vosotros y juntos *pasar de lo bueno a lo mejor*.

Esto será posible si potenciamos la comunión entre nosotros, entre todos los miembros del Pueblo Santo de Dios, sabiendo que la comunión es el distintivo del cristiano, del hombre nuevo, y la realización del mayor de los mandamientos: “Os he dado un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros como yo os he amado. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos, será si os amáis los unos a los otros (*Jn 13,34-35*). Ni pastor sin ovejas, ni ovejas sin pastor. La comunión será

¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 4.

levadura en la masa (cf. *Mt 13,33*) para hacer surgir de un mundo dividido por los odios, errores e inercias, un mundo nuevo animado por la fuerza creadora del amor. En comunión con el Sucesor de Pedro, quiero ser para todos vosotros, mis hermanos, signo visible de comunión en nuestra Iglesia particular².

Caminar *juntos*, elaborar el proyecto pastoral *juntos*, trabajar *juntos*, soñar *juntos*. Por ello pido todos los días al Señor.

² Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* (=LG), 23.

MIRANDO A LA REALIDAD QUE NOS RODEA

Al inicio de esta Carta quisiera invitaros a cuantos formamos parte de nuestra Iglesia particular a mirar a la realidad que nos rodea. También a través de ella nos está hablando Dios, el Dios de la historia. Escuchémosle e intentemos dar una respuesta desde el Evangelio a los desafíos que nos lanza en este momento de la historia. Un momento, el que nos ha tocado vivir, tan hermoso como complejo.

Permitidme que, a partir de un conocimiento, ciertamente limitado de nuestra Región, pues llevo poco tiempo entre vosotros, y después de haber consultado algunos estudios sobre Extremadura y escuchado a personas que conocen bien esta realidad, os presente algunos datos de nuestra situación extremeña que puedan provocar nuestra reflexión de ciudadanos y de cristianos. Me parece fundamental que los tengamos en cuenta, pues son llamadas que recibimos para comprometernos con nuestra tierra.

Aspectos esperanzadores

Al mismo tiempo también somos testimonios del *arcoíris* que brilla en el firmamento de nuestra sociedad y de nuestro pueblo: el *arcoíris* del testimonio de tantos hombres y mujeres que alimentan y mantienen la esperanza de la fe, en medio de un mundo de creciente apatía e indiferencia religiosa; el *arcoíris* de tantos hombres y mujeres, jóvenes y mayores, que se atreven a pensar desde su fe, para buscar alternativas y poder hablar al mundo con un lenguaje nuevo de las maravillas de Dios.

Somos testigos del *arcoíris* de tantas presencias silenciosas que, con su oración, mantienen en pide a los miembros vacilantes de la Iglesia y de nuestra sociedad. Pienso especialmente en las comunidades contemplativas con las que nuestra Iglesia particular ha sido bendecida.

Somos testigos del *arcoíris* de la solidaridad y de la caridad operosa. Pienso particularmente en *Cáritas* y otras organizaciones de la Iglesia y de la sociedad, como *Manos Unidas*, así como en tantas personas anónimas o colectivos que todos conocemos que en estos tiempos de aguda crisis económica llevan confort y alivio a los más necesitados.

Por todos estos voluntarios y profesionales que anteponen el bien común a los propios intereses, no puedo menos de alabar y bendecir al Señor del que proviene todo bien, pues es, como cantaba san Francisco de Asís, *el Bien, todo el Bien, el sumo Bien*³, y al mismo tiempo agradecer, en nombre de nuestra archidiócesis, a todos los sembradores de esperanza todo lo que hacen, a veces en situaciones nada fáciles, para lograr una sociedad más humana y, por lo mismo, más cristiana.

Sí, más allá del *diluvio* que nos amenaza, en nuestra sociedad y en nuestra archidiócesis hay una increíble economía sumergida de generosidad y de don: en las familias, en las comunidades de vida consagrada, en los sacerdotes jóvenes y no tan jóvenes, en los profesionales de la docencia, de la sanidad, en responsables públicos,

³ SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Alabanzas al Dios altísimo*, 3.

empresarios, agricultores..., en todos aquellos que, en medio de esta sociedad de la eficiencia y del éxito, gracias a la empatía por los “pequeños”, por quienes carecen de voz, se convierten en un evangélico signo de contradicción, como Jesús (cf. *Lc 2,26*). Estos son hombres y mujeres que prestan su voz a los sin voz, denuncian todo aquello que se opone a lo que en nuestro caso se identifica con los valores del Evangelio y se comprometen en la construcción de una sociedad mejor, siendo ellos mismos *fermento* y *levadura* en la masa (cf. *Mt 13,31-35*). Esto me lleva a afirmar que nuestra mayor riqueza y capital son nuestras gentes.

Por otra parte, Extremadura es una región con grandes riquezas naturales, con un sector agroalimentario desarrollado y un crecimiento de flujo turístico que va en aumento. Según los datos que he consultado, somos la cuarta comunidad que más potencia eléctrica renovable tiene instalada y la quinta en generación renovable. Somos la capital mundial de la dehesa y la tercera parte de toda el agua embalsada de España se encuentra en Extremadura, la región con más costa interior de agua dulce. Ciertamente la entrada de España en la Unión Europea ha mejorado significativamente la situación de la Región, unido al gran impulso público y privado en iniciativas de proyectos empresariales. En la medida de nuestras posibilidades, demos a conocer toda esta riqueza con la que nos ha bendecido el Señor y la técnica.

Aspectos críticos

Junto a los aspectos esperanzadores hemos de señalar también aquellos que a nuestro modo de ver las cosas requieren una reflexión, porque comportan elementos críticos. En este contexto paso a señalar algunos de esos elementos de los que seguramente somos testigos.

Somos ciertamente testigos del *diluvio* que amenaza la sociedad española y, al menos en parte, al territorio de nuestra archidiócesis, y que tiene muchas manifestaciones, tales como: la polarización, la intolerancia, la crispación y el radicalismo que van en aumento; la prevaricación, el racismo contra los que “no son de los nuestros”, la violencia cotidiana contra los menores y contra las mujeres; así como la pobreza agudizada por la crisis económica que estamos viviendo y que afecta a muchas de nuestras familias⁴.

Somos testigos del *diluvio* de los prejuicios que muchas veces nos llevan a pensar que los más vulnerables, como los tóxicos, los pobres, los que vienen de otros países a los que llamamos “tercermundistas”, no pueden darnos nada de bueno, y que solo nosotros, de una cultura que juzgamos más refinada y que llamamos del “primer mundo”, somos los que podemos dar.

Somos testigos del *diluvio* que amenaza a nuestros mayores, como el de la soledad, y a nuestros jóvenes, como el del paro que aflige a tantos de ellos⁵, así como la violencia, la droga y toda clase de dependencias.

⁴ Según algunos estudios recientes, casi la mitad de la población española tiene dificultades para llegar a fin de mes y la pobreza aguda va en aumento.

⁵ Día a día crece el número de jóvenes menores de 29 años que ni estudia ni trabaja. En solo 2 años hemos alcanzado un 34% de jóvenes en esta situación.

Mirando ya más de cerca a la Iglesia en España, de cuya situación participamos también nosotros, no podemos negar que vivimos “tiempos de invierno”, marcados, entre otros aspectos negativos, por la crisis de vocaciones y de valores evangélicos, por la fragilidad de nuestras familias y comunidades cristianas, por la disminución de la práctica religiosa, por los escándalos de los abusos sexuales cometidos por hombres y mujeres vinculados a la Iglesia, ante los cuales sentimos profundo dolor y vergüenza, y por los cuales la Iglesia, nosotros, nunca nos cansaremos de pedir perdón y de ofrecer ayuda a las víctimas⁶.

Por otra parte, la situación que estamos viviendo en el territorio de nuestra Iglesia particular de Mérida-Badajoz, que tiene muchos aspectos positivos que no podemos ni queremos silenciar, tampoco es fácil. Las dificultades y los desafíos que tenemos por delante son reales. No hay por qué ocultarlos.

Algunas de esas dificultades y desafíos son fáciles de detectar: el desempleo juvenil, que hace que nuestros jóvenes busquen su futuro fuera de nuestra tierra, lo que supone una verdadera sangría para nuestra Región; la precariedad de las comunicaciones, con todo lo que ello conlleva en el desarrollo de nuestra tierra; los problemas relacionados con la migración, sin una respuesta adecuada por parte de nuestra sociedad; la exclusión social y la vulnerabilidad que hacen que las bolsas de pobreza y de violencia vayan en aumento.

A todo esto, hemos de añadir otros factores que nos preocupan:

- Somos una de las regiones con menos PIB de España, combinándose, además, con un crecimiento más lento, lo que dificulta la convergencia con el resto.
- Nuestra Región presenta una mayor tasa de paro que la media nacional y el perfil de los desempleados (predominan los de larga duración) dificulta su reincorporación al mercado.
- Extremadura sufrió graves pérdidas demográficas durante las décadas de los sesenta y setenta, debidas al éxodo rural, de las que todavía no se ha recuperado.
- Nuestra tierra presenta un tejido socioeconómico debilitado por la pérdida de generaciones en edad activa y por el envejecimiento de la población. Una buena parte importante del territorio de Extremadura se aproxima o se encuentra en una

⁶ En nuestra archidiócesis, a través de la Comisión para la protección de menores y el servicio a las víctimas que presta, estamos y estaremos siempre dispuestos a escuchar, reconocer y reparar integralmente a las víctimas de abusos cometidos en el ámbito de la Iglesia diocesana y a ofrecer ayuda para sanar las heridas causadas por esta lacra social. Nos comprometemos a poner en práctica los últimos documentos aprobados por la CEE en la Plenaria extraordinaria del pasado 9 de julio: *Líneas de trabajo de las Instituciones de la Iglesia Católica en España, El Plan de Reparación Integral a las Víctimas de Abusos sexuales a menores y personas vulnerables equiparadas en derecho (PRIVA): Principios informadores y propuestas de acción, y Criterios orientadores para la reparación integral de menores de edad y personas mayores vulnerables equiparadas víctimas de abusos sexuales producidos en el seno de la Iglesia Católica en España*. En comunión con la Iglesia universal y siguiendo las indicaciones que nos vienen del Santo Padre, de la CEE y de la Provincia eclesiástica de Mérida-Badajoz, este es nuestro compromiso por una Iglesia particular más justa, segura y compasiva, donde cada persona, particularmente los últimos, sea amada, valorada y respetada.

situación de “desierto demográfico”. La población extremeña cada vez está más envejecida: con menos niños, más ancianos y más dependencia.

- Aunque con grandes avances en las últimas décadas, el tejido industrial se ha desarrollado poco. Por otra parte, la necesidad de una mayor inversión en el desarrollo de infraestructuras complementarias, como el ferrocarril o el avión, hacen que el desarrollo de las infraestructuras en carreteras y los modos de transportes públicos sean vitales para el desarrollo y la mejora de la economía y de la entera sociedad extremeña, como justamente señala la Comisión de Pastoral Rural Misionera de la archidiócesis.

Pienso que, si caminamos con los ojos, aunque solo sea medio abiertos, seríamos conscientes de la dura realidad que nos rodea y que nos llevaría a tomar conciencia de que los tiempos que estamos atravesando son *tiempos recios*, a decir de santa Teresa de Jesús, la santa Andariega, *tiempos delicados y duros*, según san Juan Pablo II⁷.

Manos a la obra

¿Qué hacer ante estas situaciones críticas que hemos señalado y otras que muchos de vosotros conocéis? Estas situaciones nos lanzan importantes desafíos ante los cuales no podemos mirar hacia otra parte, sino que hemos de intentar seriamente dar una respuesta. Estas y otras situaciones nos lanzan provocaciones que esperan de todos nosotros una reacción adecuada.

Como cristianos ya no podemos cruzarnos de brazos frente a las lacras que afectan a nuestra sociedad y también a la Iglesia a la que pertenecemos. Sin duda que la tempestad en medio de la cual nos ha tocado vivir es fuerte, pareciera que la barca está a punto de hundirse (cf. *Mc* 4,35-41). Pero no. Él va en ella y aunque parezca dormido, al tiempo debido –Él tiene sus tiempos que no siempre coinciden con los nuestros (cf. *Is* 55,8-9)– intervendrá según sus planes, pero siempre para salvarnos.

Muy a menudo las proporciones de los problemas con que nos encontramos a diario son de tal magnitud que es fácil caer en el desaliento y en el desánimo. Podemos pensar que otra sociedad es imposible y que *la civilización del amor, la sociedad del amor* a la que nos invitaba ya san Pablo VI⁸, es un sueño. No, no soñamos los que creemos que otra sociedad, otra Iglesia y la misma *civilización del amor* son posibles. Los ideales, si son auténticos, si son humanos, no son sueños: son deberes. Para nosotros, cristianos, especialmente. Al contrario, cuanto más los ruidos del temporal interrumpen los horizontes de una sociedad diferente, más urgentes y fascinantes se hacen los ideales que son como las estrellas: nunca las alcanzaremos, pero alumbran el camino en la noche. Es más, entonces, cuando los ideales son auténticos, es cuando se pueden convertir en esperanza.

En estos momentos la sociedad y la Iglesia necesitan más sembradores de esperanza que *profetas de desventuras*; más *centinelas de la aurora* (cf. *Is* 21,6. 11-12)

⁷ JUAN PABLO II, *Vita consecrata* (=VC), 13, Ciudad del Vaticano, LEV, 1996

⁸ PABLO VI, Homilía de la Navidad de 1975. Unos días más tarde, el 31 de diciembre de 1975, Pablo VI quiso hablar de nuevo de la civilización del amor. Lo hizo en la Audiencia General de ese día y lo volverá a hacer en la Audiencia General del 25 de febrero de 1976.

que personas que no cesan de proclamar el final de la Iglesia o el sinsentido de la fe en Cristo Jesús en nuestros días. La sociedad y la Iglesia necesitan obreros en la viña del Señor que la cuiden amorosamente (cf. *Is* 5, 1ss.; *Mt* 21, 33-43) y no de simples espectadores que se cruzan de brazos mirando a otro lado ante ciertas situaciones que claman al cielo (cf. *Ex* 3, 7-9). La sociedad y la Iglesia necesitan de hombres y mujeres, jóvenes y mayores, que, revestidos de Jesucristo y llevando las armas de la luz en sus corazones, como nos exhorta san Pablo (cf. *Rm* 13,11-14), permaneciendo despiertos y vigilantes en todo momento (cf. *Mt* 25,1-13), combatan con determinación los signos de muerte que hay a nuestro alrededor, y trabajen incansablemente por una sociedad nueva. Nuestra Iglesia, la Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, necesita de “obreros” que luchen contra toda clase de injusticia y contra las lacras que afectan a esta porción de la Iglesia que peregrina en estas tierras de Extremadura.

Todos, pero especialmente los cristianos, estamos llamados a ser hombres y mujeres habitados por la esperanza y, al mismo tiempo, a ser profetas de esperanza; hombres y mujeres que sepan decir no al consumismo extremo y selectivo que lleva a desentendernos de los problemas de nuestro alrededor. A las puertas del Año jubilar hemos de tomar conciencia de cuantos necesitan signos de esperanza de nuestra parte, en primer lugar los jóvenes. No podemos decepcionarlos. ¡Qué triste es ver jóvenes sin esperanza y constatar que sus sueños se derrumban! Como nos pide el Papa Francisco, tampoco pueden faltar signos de esperanza para los *migrantes*. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones. En nuestra Iglesia particular no pueden faltar signos de esperanza para los ancianos, que a menudo experimentan la soledad y el abandono. Y en general no pueden faltar signos de esperanza para los pobres, víctimas en muchas ocasiones de la indiferencia y la exclusión de muchos. No podemos acostumbrarnos ni resignarnos frente a las oleadas de pobreza que afectan también a nuestra Región⁹.

Hoy el Señor continúa diciéndonos, como a Amós: “Ve y profetiza a mi pueblo” (*Am* 7,16), o como a Moisés, yo te envío (cf. *Ex* 3,7 ss.) con la misión de trabajar en la construcción de una sociedad nueva en la que ni los prejuicios, ni el odio, ni la competición, ni la avaricia, ni la injusticia será su dialéctica, sino el amor: el amor generador de amor.

La *civilización del amor*, en la que todos hemos de comprometernos, dará al mundo la soñada transfiguración de la humanidad finalmente cristiana. No podemos ser indiferentes ante tanto dolor causado por las injusticias, ante tanto grito causado por la pobreza, la violencia y toda clase de desigualdades. A todos los que nos decimos cristianos y queremos serlos de verdad, se nos preguntará, como a Caín: “¿Dónde está tu hermano?” (*Gn* 4,9). ¿Qué responderemos entonces?

⁹ Cf. FRANCISCO, *Spes non confundit. La esperanza no defrauda*. Bula del Jubileo ordinario del año 2025, Ciudad del Vaticano, LEV, 2024, 12-15.

Los cristianos que peregrinamos en estas tierras extremeñas, como miembros de la sociedad y de la Iglesia, no podemos resignarnos ante el *diluvio* que nos amenaza. Como ya os he dicho más veces en estos meses que llevo entre vosotros, el Señor nos convoca a *soñar y trabajar juntos* por una sociedad distinta; sueños y trabajo que hundan sus raíces en la esperanza cristiana y en la capacidad del cristianismo de renovar realmente la vida de los hombres.

Como Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz preguntémosnos:

- **¿Cómo nos afecta la situación social de Extremadura en la que estamos llamados a desarrollar nuestra misión evangelizadora?**
- **¿Cómo nos afecta el éxodo de las generaciones más jóvenes de nuestra Región?**
- **¿Cómo nos afecta la situación de marginación en que vive nuestra Región a niveles de comunicación, de creación de empleo...?**
- **Señala los elementos críticos que veas en nuestra Iglesia particular, comenzando por la parroquia, el arciprestazgo y la misma archidiócesis.**
- **En esas situaciones concretas de signo negativo que está viviendo nuestra sociedad y nuestra Iglesia particular, ¿qué estamos llamados a hacer?**
- **¿A qué te comprometerías para transformar los signos de diluvio en signos de esperanza?**

II

LA IGLESIA QUE NECESITAMOS Y QUEREMOS SER

A la luz del Concilio Vaticano II y de las encíclicas de los Papas, así como del magisterio del Papa Francisco y del actual Sínodo, no podemos tener dudas a la hora de incidir en una pastoral vertebrada sobre la Iglesia Pueblo de Dios¹⁰. Una Iglesia así se presenta como:

Una Iglesia, Icono de la Trinidad

“Como recuerda el Concilio Vaticano II, la Iglesia es «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4). El Padre, con el envío del Hijo y el don del Espíritu Santo, nos introduce en un dinamismo de comunión y misión que nos hace pasar del «yo» al «nosotros» y nos pone al servicio del mundo. La sinodalidad traduce en actitudes espirituales y en procesos eclesiales la dinámica trinitaria con la que Dios sale al encuentro de la humanidad. Para que esto suceda es preciso que todos los bautizados se empeñen en ejercitar en reciprocidad la propia vocación, el propio carisma, el propio ministerio. Solo así podrá la Iglesia «hacerse verdadero coloquio interiormente y con el mundo» (ES 67), caminando codo a codo con todo ser humano, al estilo de Jesús”¹¹.

La Iglesia es “más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador”¹². En esa concreción histórica la Iglesia está llamada a anunciar a Cristo, luz de los pueblos, y ha de ser sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano¹³. Pero mejor que decir que la Iglesia tiene una misión, afirmamos, como nos recuerda frecuentemente el Papa Francisco, que la *Iglesia es misión*. “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20,21): “La Iglesia entera es misionera; la obra de evangelización es un deber fundamental del pueblo de Dios”¹⁴. Todo el pueblo de Dios está llamado a anunciar el evangelio¹⁵, como comunidad en éxodo, en tensión hacia el Reino.

Si queremos que nuestra Iglesia particular sea reflejo de la Trinidad hemos de apostar por la sinodalidad, trabajando por una Iglesia que integre a todos, que dé voz a los que no la tienen, también a los que el Papa califica como “exiliados ocultos”¹⁶, haciendo de todas

¹⁰ El Papa Francisco rescata la categoría de la Iglesia como Pueblo de Dios, cap. II de la *Lumen Gentium*, silenciada en los últimos años, por miedo a ser mal interpretada. Cf. *Evangelii gaudium* (= EG), 111.122.

¹¹ XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS. PRIMERA SESIÓN (4-29 de octubre 2023). Informe de síntesis de una Iglesia Sinodal en misión. Parte Primera. Reunidos e invitados por la Trinidad. Convergencias. a.

¹² EG, 111.

¹³ Cf. LG, 1.

¹⁴ VATICANO II, *Ad gentes* (=AG), 3, citado por PABLO VI en Exh. Apostólica *Evangelii nuntiandi* (=EN), 1975, 59.

¹⁵ Cf. EG, 111 ss.

¹⁶ FRANCISCO, Encíclica *Fratelli tutti* (= FT). *Todos hermanos*, Asís, 3 de octubre de 2020, 97-98.

nuestras estructuras de animación pastoral estructuras sinodales, desde los consejos parroquiales a los consejos diocesanos, escuchándonos unos a otros, dialogando (dejándonos “atravesar por la palabra del otro”), caminando juntos, elaborando juntos los planes pastorales, tomando decisiones juntos y llevándolas a la práctica juntos. No hagamos de nuestra Iglesia un grupo cerrado de socios. Para ello hago una llamada a la responsabilidad a la hora de elegir o proponer candidatos, según el caso, para el Consejo del Presbiterio, para el Colegio de los Arciprestes y para el Consejo de Pastoral. Nuestra misión, como Iglesia, ha de realizarse, como ya he señalado, desde la sinodalidad, como pueblo de Dios en marcha. Esta, la sinodalidad, comporta “la escucha recíproca, el diálogo, el discernimiento comunitario, la creación del consenso como expresión del hacerse presente el Cristo vivo en el Espíritu y el asumir una corresponsabilidad diferenciada”¹⁷.

Una Iglesia particular encarnada en un contexto cultural y social concreto

La Iglesia diocesana ha de ser el sujeto primario de la evangelización¹⁸. La Conferencia Episcopal Italiana no duda en señalar que la Iglesia local es “el fundamental sujeto pastoral y misionero en el territorio, con apertura al mundo entero. Bajo la guía del Obispo tratará de sostener, orientar, coordinar, verificar la pastoral de las parroquias y de los otros sujetos en su ámbito”¹⁹.

Nuestra Iglesia diocesana tiene la misión de estar siempre allí donde hace falta más la luz y la vida del Resucitado, deberá involucrarse con los suyos, entrando en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma²⁰. La misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Nada más lejos de nuestra Iglesia particular que tener un plan pastoral al margen de la vida de sus fieles. Nada más lejos del Evangelio que huir de la vida, la historia, la humanidad. Encarnarse, meterse en el mundo, como la levadura en la masa, todo para darse y entregarse, para hacer el mundo según Dios. “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”²¹. La Iglesia ha de mantener su presencia “en las casas de sus hijos y de sus hijas”²², para animar la vida y orientarla hacia el Reino que viene. Nuestra Iglesia particular está llamada, por tanto, a una conversión misionera²³.

Nuestra confesión de fe en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo va de la mano del compromiso social. No se puede separar el Evangelio de la promoción humana, “que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora”²⁴. No perdamos la capacidad de “escandalizarnos” ante situaciones que

¹⁷ XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS. PRIMERA SESIÓN (4-29 de octubre 2023). Informe de síntesis de una Iglesia Sinodal en misión..., Parte III, Tejer lazos, construir comunidad, 14.

¹⁸ Cf. EG, 30.

¹⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Con il dono della carità dentro la storia. La Chiesa in Italia dopo il Convegno di Palermo*, 23, 1996.

²⁰ Cf. EG, 30. 24.

²¹ GS, 1

²² JUAN PABLO II, Exh. Apostólica *Christifideles laici*, 1988, 34.

²³ Cf. EG, 30.

²⁴ EG, 178.

contradican la dignidad de las personas²⁵. No nos crucemos de brazos. Recuperemos, si la hemos perdido, la pasión por Extremadura, nuestra comunidad de pertenencia. Unamos nuestras fuerzas con las autoridades civiles para “levantar” nuestra Región de un cierto letargo en que nos podemos encontrar. Unidos por el bien común de nuestro pueblo, hagamos oír nuestras voces, sin agresividad pero evitando también toda pasividad, en favor de la igualdad entre las Regiones de España, hoy seriamente amenazada. Pidamos a nuestras autoridades y a nuestros empresarios, a nivel local y regional, la creación de empleo digno para que los jóvenes no tengan que emigrar fuera de nuestra tierra. ¡Cuánta tristeza el constatar que en los últimos años nuestra tierra ha perdido un tercio de la población! ¿Hasta cuándo continuará el éxodo? Unos y otros, preguntémosnos: ¿qué estamos haciendo para evitar dicho éxodo?

Una Iglesia en salida

Como tantas veces nos pide el Papa Francisco, la Iglesia, también nuestra Iglesia particular, está llamada a pasar de ser una Iglesia encerrada en sí misma, reliquia del pasado, con tendencia a mirarse al ombligo, con sabor a invernadero, que espera que vengan los otros... a ser una Iglesia que sale a la calle, una Iglesia que *callejea* la fe, que va a los márgenes sociales y existenciales, a las fronteras. No hay evangelización sin proximidad, sin salida²⁶. Salgamos de nosotros mismos, dejemos atrás nuestras rutinas, rompamos con el “siempre se hizo así”. La Iglesia peregrinante en este mundo siempre ha de estar en “la dinámica del éxodo y del don, de salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá”²⁷. Somos invitados por el Señor a “salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”²⁸. La “comunidad es esencialmente comunidad misionera”²⁹. “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle que una Iglesia enferma por el encierro en la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”³⁰. Salir a la calle nos dará proximidad, nos llevará a escuchar las preguntas existenciales de la gente e intentar dar una respuesta evangélica.

Hoy el “id” de Jesús a sus discípulos (*Mc 16,15*) se dirige a nosotros, miembros de esta Iglesia particular. Todos hemos de sentirnos misioneros y acoger con determinación los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia. “Todos somos llamados a esta nueva salida misionera [...] Todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”³¹.

También nosotros, miembros de la Iglesia de Mérida-Badajoz, corremos el riesgo de dar respuestas a preguntas que nadie se hace y dejar sin respuesta las preguntas que

²⁵ Cf. EG, 179.

²⁶ Cf. EG, 20.

²⁷ EG, 21.

²⁸ EG, 20.

²⁹ ChL, 30.

³⁰ EG, 49.

³¹ EG, 20.

interesan a nuestros contemporáneos. Si esto fuera así sería simplemente dramático. Salgamos, optemos por una Iglesia en salida; optemos por una Iglesia que sabe *primerear*, involucrarse, fructificar y festejar³². Nuestra Iglesia lo necesita. ¿No creéis que estamos demasiado instalados en nuestra propia comunidad o en el *siempre se hizo así*? No tengamos miedo a salir. Él nos precede en la Galilea donde viven, luchan y se alegran los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Ir a Galilea significa empezar siempre de nuevo; significa ir al lugar de la vida cotidiana, hacernos presentes en las calles que recorren a diario nuestros hermanos. En Galilea aprendemos que podemos encontrar a Cristo resucitado en los rostros de nuestros hermanos, en el entusiasmo de los que sueñan y en la resignación de los que están desanimados, en las sonrisas de los que se alegran y en las lágrimas de los que sufren, sobre todo en los pobres y en los marginados. Salgamos, no tengamos miedo, el Señor va por delante, como lo fue con los discípulos (cf. *Mc* 16,8).

Una Iglesia diálogo, Iglesia coloquio³³

La evangelización se realiza en un diálogo entre Iglesia y mundo, en un encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, de tal modo que se creen las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos³⁴. La Iglesia está llamada a ser servidora de un difícil diálogo, llegando allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, para alcanzar con la Palabra de Dios los núcleos más profundos del alma de las ciudades y de nuestros pueblos³⁵.

Esto supone que hay que partir de las personas y de sus diversificados itinerarios de fe y disponer de espacios para la acogida y el encuentro allí donde desarrollamos nuestra misión evangelizadora, teniendo muy presente que evangelizar no significa sólo “aportar” sino también recibir y, sobre todo, ponerse a la escucha del mundo, para penetrar en el corazón herido del hombre.

En ese diálogo hecho con ternura y empatía la Iglesia se siente afectada: “los evangelizadores tienen así *olor a oveja* y estas escuchan su voz. Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a acompañar”³⁶. Nuestra Iglesia particular necesita ser una Iglesia afectada, con sensibilidad profunda y auténtica, que sepa acompañar. Este es el verdadero tesoro que los cristianos llevamos en vasos de barro para que los demás pueden beber consuelo y esperanza.

Una Iglesia arriesgada, esperanzada, audaz y alegre

La salvación y realización eclesial –su misión– no llegan por la seguridad, sino por el riesgo de la entrega. Lo mejor de la Iglesia no se desarrolla cuando el criterio es la conservación –provocada por el miedo– sin más, frente a los otros³⁷. La persona y la

³² Cf. EG, 24 ss.

³³ Cf. PABLO VI, Encíclica *Ecclesiam suam*, 1964, 60.

³⁴ Cf. EG, 132.

³⁵ Cf. EG, 74.

³⁶ EG, 24.

³⁷ Cf. EG, 33.

comunidad cristiana se realizan y enriquecen cuando se abren y arriesgan sin miedo para realizar los deseos y sueños más profundos y comprometidos. La Iglesia es enviada a despertar esta esperanza en todas partes, especialmente donde es ahogada por condiciones existenciales difíciles, a veces inhumanas, donde la esperanza no respira, se sofoca.

La Iglesia, también nuestra Iglesia particular, necesita el oxígeno del Evangelio, el soplo del Espíritu de Cristo Resucitado, que vuelva a encender los corazones. “La Iglesia es la casa en la que las puertas deben estar siempre abiertas no solo para que todos puedan encontrar acogida y respirar amor y esperanza, sino también para que nosotros podamos salir para llevar este amor y esta esperanza. El Espíritu Santo nos empuja a salir de nuestro recinto y nos guía hasta las periferias de la humanidad”³⁸. Tenemos que pasar de una Iglesia envejecida, triste, con gente con cara de cadáver o *sonrisas de azafata*... a una Iglesia joven y alegre, levadura y fermento en la sociedad, con la alegría y la libertad del Espíritu³⁹.

Una Iglesia pobre, generosa, gratuita y servicial

En estos momentos concretos en los que vivimos somos llamados a pasar de una Iglesia centrada en ella misma, autorreferencial, preocupada por el proselitismo... a una Iglesia de los pobres, preocupada, ante todo, por el dolor y el sufrimiento humano, por las consecuencias de la guerra, del hambre, del paro juvenil, por los ancianos, etc. “Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es el signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin tapujos que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos”⁴⁰.

Nuestra Iglesia particular es una Iglesia periférica. Sabiendo lo que las periferias significan, nunca dejemos de ir a ellas, a las periferias en las que falte el pan y la luz del Evangelio. Será nuestra forma de optar por los pobres, teniendo bien presente que “para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica”⁴¹.

El ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza. También el ser y actuar de nuestra Iglesia particular: “Solo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico. Bien puede afirmarse que el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento”⁴². Teniendo en cuenta lo que se le pide a la Iglesia universal, bien podemos afirmar que nuestra Iglesia particular está llamada a ser “una Iglesia pobre y

³⁸ FRANCISCO, *Audiencia general*, 15-10-2013.

³⁹ Cf. EG, 2-13.

⁴⁰ EG, 48.

⁴¹ EG, 198.

⁴² COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL DE LA CEE, *La Iglesia y los pobres*, n. 10.

para los pobres”⁴³. Una Iglesia que sea capaz de vencer la tentación de la posesión como elemento de seguridad y viva la generosidad como clave fundamental, siendo Iglesia gratuita dispuesta a ser sierva de la humanidad (Pablo VI), en la que, como dice el Papa Francisco, “el servicio sea nuestro poder”. El servicio, la gratuidad y la opción por los últimos y leer la historia desde los que sufren y los pobres tienen que ser prioritarios en los programas pastorales: “cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumento de Dios para la liberación y promoción de los pobres”⁴⁴.

Mucho es lo que en nuestra archidiócesis se hace para atender a los pobres desde *Cáritas*, pero ello no basta. Pobre no es solo la persona a la que le falta el pan o el trabajo. Pobre es el enfermo, el que sufre soledad, el marginado por el género, la religión, el grado de cultura, los inmigrantes. Lo que pide el pobre, además de pan, es cercanía, escucha, atención personalizada. A nivel personal y a nivel parroquial, de arciprestazgo y a nivel diocesano, ¿cómo practicamos esas virtudes tan humanas como cristianas? ¿Cuál es nuestra actitud ante los inmigrantes?

Una Iglesia comunitaria, sencilla y corresponsable

La Iglesia tiene ante sí un gran reto: favorecer comunidades en las que los cristianos hablen, oren y compartan. Ello supone una verdadera estrategia pastoral por medio de la cual puedan crearse los medios y los lugares para hablarse, orar juntos y para compartir. Todo ello puede hacerse en el ámbito de una comunidad parroquial viva y sencilla⁴⁵, que se presente como “comunidad de comunidades”⁴⁶, a las que se unirán, llegado el caso, entidades eclesiales no parroquiales (instituciones temporales, asociaciones, servicios caritativos, etc.). Y en la comunidad parroquial hemos de tener bien presente que los laicos no son simples beneficiarios de un servicio público. En la Iglesia y también en la parroquia todos somos llamados a ser miembros activos y colaboradores de su misión, solidarios en el anuncio del Evangelio según la complementariedad de sus vocaciones, estados de vida, carismas y ministerios (cf. *Rm* 12,4-18; *1 Cor* 12,7-10; *1 Pe* 4,10).

Todo ello nos está pidiendo un cambio-conversión de mente, de corazón y de praxis pastoral en la Iglesia: “La corresponsabilidad exige un cambio de mentalidad especialmente respecto al papel de los laicos en la Iglesia, que no se han de considerar como simples «colaboradores» del clero, sino como personas realmente «corresponsables» del ser y del actuar de la Iglesia. A todos, clérigos, consagrados y laicos, se nos pide trabajar intensamente para que se consolide un laicado maduro y comprometido, capaz de dar su contribución específica a la misión eclesial, en el respeto de los ministerios y de las tareas que cada uno tiene en la vida de la Iglesia y siempre en comunión cordial con los obispos”⁴⁷. Por eso, “en su misión de fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera, el obispo, (y todos los agentes de pastoral) tendrá que

⁴³ EG, 198.

⁴⁴ EG, 187.

⁴⁵ Cf. EG, 28.

⁴⁶ EG, 28.

⁴⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje del Papa al Foro Internacional de Acción Católica*, 5-09-2012.

alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación que propone el Código de Derecho Canónico y otras formas de diálogo pastoral”⁴⁸.

Como obispo me siento llamado a favorecer, principalmente a través del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y las Escuelas Diocesanas de formación del laicado, la formación de nuestros laicos para que puedan desempeñar adecuadamente su propia misión en la Iglesia. También me siento en el deber de secundar cuanto pide el Papa Francisco fomentando los ministerios laicales del catequista, lectorado y acolitado, así como la institución del diaconado permanente en nuestra archidiócesis. Y todo ello, no como simple sustitución ante la falta de sacerdotes, sino como complementariedad de las vocaciones en el Pueblo santo de Dios. Pido a todos colaboración para que todo ello se haga una realidad.

Una Iglesia misericordiosa

La Iglesia tiene que ser sacramento de amor y de misericordia: “La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio”⁴⁹. La Iglesia es sacramento de la permanente y eficaz presencia de Cristo en el mundo y, por ende, sacramento de la misericordia. A través de la palabra y los sacramentos, pero también a través de su vida toda, la Iglesia tiene que hacer presente en la historia y en la vida del cristiano individual el evangelio de la misericordia, que es el propio de Jesús⁵⁰.

“La Iglesia –dice el Papa Francisco– está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre [...] A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas”⁵¹. La Iglesia ha de ser la Iglesia de la misericordia de Dios, de la ternura, de la compasión, con entrañas maternas, que refleje la misericordia del Padre. El texto de Mateo (cap. 25) sobre el juicio escatológico no ha de ser complementario ni específico: es transversal y general en lo que se refiere a las verdaderas competencias cristianas para las que nos habilita la gracia, y no debemos saltarlo u olvidarlo. Y menos debe hacerlo la Iglesia si tiene o quiere tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (cf. *Flp* 2,5).

Pido a todos, y especialmente a los sacerdotes, que usemos siempre misericordia, particularmente en la administración del sacramento de la reconciliación. Alejemos de nosotros la rigidez, pues debajo de ella con frecuencia se esconde la corrupción. Ninguno de nosotros, clérigos y laicos, hemos de olvidar que en la medida con que midamos seremos medidos (cf. *Mt* 7,2-5).

Soñando una Iglesia misionera y evangelizadora

En los apartados anteriores tenemos un retrato de lo que aspiramos a ser como Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz. Sin duda que no partimos de cero pues largo

⁴⁸ EG, 31.

⁴⁹ EG, 114.

⁵⁰ Cf. WALTER KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*. ST, Santander, 2013, págs. 153 ss.

⁵¹ EG, 47.

es el camino recorrido, pero también es cierto que todavía nos falta mucho para conseguir que ese retrato refleje plenamente nuestra realidad.

Para acercarnos a ello se nos pide una clara conversión pastoral. Esta requiere plantear, con coherencia, una evangelización misionera, catequética y pastoral eficaz. A veces los planteamientos que se hacen son recortados. Las tres dimensiones son esenciales: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad”⁵².

Como nos dice el Concilio, “a cada circunstancia deben corresponder actividades apropiadas y medios adecuados”⁵³. Hemos de dar pasos progresivos para “procurar poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una simple administración”⁵⁴.

Hemos de reconocer que nuestras comunidades están estructuradas desde los planteamientos y contextos de ayer y hoy se requiere una pastoral nueva, una pastoral cuyas acciones deben orientarse menos hacia el interior de las comunidades cristianas y más comprometidas con el anuncio de la fe a todos, incidiendo especialmente en el *primer anuncio*. Ello no significa que olvidemos la necesaria pastoral misionera hacia el interior de nuestras comunidades, tendente a despertar la fe de sus miembros, a acompañarla para propiciar su personalización, a educarla y madurarla progresivamente, a fomentar su experiencia personal, a dotar de medios para compartirla y celebrarla con gozo. Tampoco hemos de olvidar y de valorar el sustrato cristiano de nuestro pueblo sencillo, pues “una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente”⁵⁵.

Está claro que esta conversión pastoral que se nos pide pasa por una evangelización que responda al contexto cultural en que estamos viviendo y ayude a nuestra Iglesia particular a recuperar energías, voluntad, alegría, frescura e ingenio en su modo de vivir la fe y de trasmitirla. Y esa evangelización ha de ser nueva por:

- Ser creativa y audaz⁵⁶.

⁵² EG, 27.

⁵³ AG, 6.

⁵⁴ EG, 25.

⁵⁵ EG, 68.

⁵⁶ Cf. EG, 33.

- Vivir la alegría de la experiencia cristiana⁵⁷.
- Una mayor preocupación en formar comunidades eclesiales con amplia participación de los laicos.
- Una opción más clara por los pobres y un mayor compromiso en favor de la dignidad del hombre y de la mujer, los derechos humanos y la justicia social.
- Ir asumiendo los valores de la propia cultura.
- Sus itinerarios.
- Sus actitudes y criterios de acogida, de misericordia y sanación.
- Su remodelación pastoral.

Todo esto ¿será un sueño? Puede que muchos así lo piensen, y sueño será si solo contamos con nuestras fuerzas, siempre limitadas. No lo será si unimos nuestras fuerzas, si pastores, consagrados y laicos trabajamos unidos y todos ponemos nuestra confianza en aquel para el cual nada hay imposible (cf. *2 Tim 1,12; Lc 1,37*).

No permitamos que nos entre el sueño (cf. *Lc 22,46; Mt 25,1-11*) que nos impide caminar y que podría convertirnos en una Iglesia durmiente, una Iglesia tibia, ni fría ni caliente (cf. *Ap 3,15-19*), una Iglesia que perdió el primer impulso, su entusiasmo, su vigor, una Iglesia de corazones cobardes y manos débiles. No dejemos que el realismo de ser pocos y limitados nos asfixie y nos robe la esperanza, ni que el individualismo nos atenace, o que la parálisis del *siempre se hizo así* nos impida entrar en la piscina a tiempo (cf. *Jn 5,1 ss.*). Soñemos y nos quedaremos cortos. Soñemos, pero soñemos juntos. Trabajemos, pero trabajemos en red. Vayamos más allá de nuestras evidencias y el milagro se realizará, como en el caso de Pedro (cf. *Lc 1,11*).

“¡Manos a la obra!” (Ag 2,4). Entre todos construyamos una Iglesia particular que sea propositiva, que invite y contagie el entusiasmo por una Persona, Jesús, por un estilo de vida que responda a la que nos propone el Evangelio, por un ideal: la civilización del amor. Entre todos construyamos una Iglesia dialogante, abierta a la realidad de los demás y que practique la “mística del encuentro” (Papa Francisco). Entre todos construyamos una Iglesia martirial, testigo de una propuesta, de una antropovisión, de una cosmovisión y de una teovisión: la cristiana. Una Iglesia martirial abre perspectivas y nos sugiere un camino. Entre todos construyamos una Iglesia profética, que al mismo tiempo que anuncia una utopía, un horizonte de sentido, denuncie también todo aquello que daña a la persona. Una Iglesia profética con conciencia crítica y exigente, que invita a la conversión y genera vida en su entorno.

⁵⁷ Cf. EG, 2-14.

Preguntémonos:

- **¿Qué nos falta en nuestra archidiócesis para lograr una Iglesia más sinodal, que sea más icono de la Trinidad, que esté más encarnada en nuestra realidad social y cultural, que se sienta más en salida, que esté mayormente comprometida en el diálogo, que sea más audaz y esperanzada, más pobre y servicial, más evangelizadora y misionera?**
- **¿Qué dificultades encontramos en todo ello?**
- **¿Qué pasos concretos podemos y debemos dar a nivel diocesano, de arciprestazgo y local?**
- **¿Qué pasos tendremos que dar para lograr una verdadera conversión pastoral?**

III

SACADO DE ENTRE LOS HOMBRES PARA SERVIR A LOS HOMBRES

SACERDOTES CON OLOR A OVEJA

Queridos hermanos en el sacerdocio: Yo, sacerdote como vosotros, me dirijo a todos los que formáis el presbiterio de esta archidiócesis en cuanto sois los primeros colaboradores del obispo y principales responsables de la pastoral diocesana, junto con todos los demás agentes de pastoral.

Gracias por lo que sois

Como Pablo a Timoteo, también yo doy gracias a Dios por todos y cada uno de vosotros: por la *fe sincera* que os anima y con la cual animáis a vuestras comunidades (cf. *2 Tim 1,3*), y por la variedad de dones que el Señor ha puesto en vosotros, con los cuales enriquecéis a nuestra Iglesia particular. Jóvenes y ancianos, sanos y enfermos sois un verdadero don para nuestra Iglesia y para el pueblo de Dios que nos ha sido confiado. Gracias por lo que sois ante el Señor, pues solo él conoce nuestros corazones (cf. *Jr 17,10*). Gracias por vuestro trabajo en nuestra querida archidiócesis.

MIRANDO A NOSOTROS MISMOS

Mirada agradecida sobre nuestra vocación

Movido por el amor que os tengo, al inicio de este nuevo curso, os invito, en primer lugar, a tener una mirada contemplativa y grata sobre nuestra vocación, a hacer memoria constante de ese día en que el Señor, pasando a nuestro lado nos dijo: "Sígueme" (cf. *Mt 9,9*). Unos, con gran entusiasmo, lo hemos dejado todo e *inmediatamente* lo hemos seguido (cf. *Mt 4,20.22*). Otros, tal vez después de muchas luchas e incertidumbres, nos subimos a la barca con el Señor y en su nombre asumimos nuestra misión de ser *pescadores de hombres* (cf. *Mt 4,18-20*). Cada uno tenemos nuestra historia vocacional. De lo que estoy convencido es de que en cada una de esas historias, aun flaqueando las fuerzas (cf. *Ap 3,8*) y en medio de no pocos sufrimientos e incluso puede que infidelidades, no ha faltado generosidad y perseverancia (cf. *Ap 2,3*), sin renegar del Señor (cf. *Ap 3,9*).

Desde una mirada de fe, con el salmista podemos decir: "Me ha tocado un lote hermoso. Me encanta mi heredad" (*Sal 16,5*). Sin mérito propio hemos sido constituidos ministros del Señor. ¡Qué gran privilegio! ¡Qué gran responsabilidad, también! ¡Que nunca dejemos de maravillarnos ante este regalo, siempre inmerecido por nuestra parte!

Este privilegio y responsabilidad nos están pidiendo que *reavivemos siempre el fuego del don de Dios que hay en nosotros por la imposición de las manos* (cf. *2 Tim 1,6*). El privilegio y la responsabilidad de nuestra vocación y misión nos están pidiendo que *no descuidemos el carisma que hay en nosotros* (cf. *1 Tim 4,14-16*). El gran pecado de Israel, del que se siguen otros muchos, ha sido el de tener poca memoria, el olvidar, el no recordar los beneficios que había recibido del Señor. Los profetas le reprocharán constantemente este pecado. No cometamos nosotros el mismo pecado, sino más bien,

cantemos como María las maravillas de Dios (cf. *Lc 1,46-55*). No olvidemos nunca todo lo que el Señor ha hecho por nosotros y sigue haciendo.

Reavivemos el don recibido

Como bien sabemos, el sacerdocio es una llamada a la que hemos de responder constantemente con la generosidad y con la gratitud de quien se sabe deudor de un don inmerecido. Y como toda vocación, también la sacerdotal, es un don que hay que reavivar en todo momento, evitando que, con el pasar del tiempo, la frescura propia de todo don del Señor venga a menos y que podamos olvidar el primer amor (cf. *Ap 2,4; Os 2,9*).

Reavivar el don significa, como nos indica la parábola de los talentos, negociar con él (cf. *Mt 25,14-30*), y puesto que lo llevamos en vasijas de barro (cf. *2 Cor 4,7*) no basta conservarlo, como se conserva algo muerto y sin vida en una caja blindada, sino que hay que custodiarlo con esmero y con cariño, como se custodia una criatura frágil o un objeto precioso que puede romperse o perderse en cualquier momento. Hemos de vigilar, permanecer despiertos, para que ese tesoro no nos lo roa la polilla, ni la carcoma lo corroa, ni no nos lo roben los ladrones (cf. *Mt 6,19-24*). Hemos de vigilar, estar muy atentos, para que la tibieza no nos lleve a ser rechazados por el Señor (cf. *Ap 3,15-16*), ni las dificultades del ministerio nos desanimen, ni se enfríe en nosotros el ardor del primer momento, sino que, sabiendo *de quién nos hemos fiado* (cf. *2 Tim 1,12*), permanezcamos *fieles hasta la muerte y podamos recibir la corona de la vida* (cf. *Ap 2,10*). También a nosotros nos dice el Señor por medio del apóstol Pablo: “no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (*2 Tim 1,7*).

Como ya dijimos, los nuestros son tiempos *recios*, tiempos *delicados* y *duros*. Dificultades y pruebas no nos van a faltar en nuestro camino, pero dichas situaciones no pueden inducirnos al desánimo. Los tiempos en los que escribía Pablo a Timoteo no eran mejores. Frente a un escenario lleno de dificultades, Pablo anima a su “hijo querido, Timoteo” (*2 Tim 1,2*) a avivar el fuego del don de Dios que estaba en él. Timoteo había recibido un don que le capacitaba para desarrollar el ministerio, y ahora se le exhortaba para que lo desarrollara por medio de su uso diligente.

Con esto Pablo no estaba reprochando a Timoteo que estuviera siendo negligente o perezoso en el desarrollo de su ministerio. Pero, como sabemos, la tendencia del fuego es a apagarse, y las circunstancias que rodeaban a Timoteo bien podían asfixiarlo, así que el apóstol quiere introducir nuevo oxígeno para que la combustión se reavivara aún más y siguiera haciendo frente valerosamente a las serias dificultades con las que se iba a encontrar. Podemos decir que se trataba de una exhortación preventiva, no correctiva, como quiere ser en estos momentos la mía a todos y cada uno de nosotros.

Hagamos nuestra la exhortación de Pablo a Timoteo y asumamos con gozo los medios que el Señor por medio de la Iglesia pone a nuestra disposición: la celebración de la Eucaristía, a ser posible diaria, la confesión frecuente, los ejercicios espirituales anuales, los días de retiro mensuales, la dirección espiritual, el examen de conciencia, la *lectio* divina frecuente, un tiempo de oración personal diaria, una sólida devoción a la Santísima Virgen María, los encuentros frecuentes con otros sacerdotes y con

consagrados y laicos que nos ayuden a seguir manteniendo encendida la llama del “primer amor” al Señor, y tantos otros medios que la sana tradición de la Iglesia pone a nuestra disposición. Uno de estos medios que considero importante en estos momentos en la vida de un sacerdote es que cada uno de nosotros elabore un *proyecto de vida* que podríamos llamar *ecológico*, contrastado con alguien que tenga experiencia en ello, en el que se asegure cada día un tiempo adecuado para estar con nosotros mismos, un tiempo oportuno para estar con Dios, un tiempo para la pastoral y un tiempo para compartir con los demás sacerdotes. Mantengamos, queridos hermanos presbíteros, la fidelidad en lo poco para que el Señor siga confiándonos lo mucho (cf. *Mt 25,23*).

Embajadores de Cristo y servidores de la Iglesia

Los sacerdotes, como los Apóstoles, somos *embajadores de Cristo* (cf. *2 Cor 5,20*), representación sacramental de *Cristo Cabeza, Pastor y Esposo*. En cuanto tales, proclamamos con autoridad su palabra; renovamos sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercemos, hasta el don total de nosotros mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregamos en la unidad y conducimos al Padre por medio de Cristo en el Espíritu. Mantengamos, pues, una estrecha e íntima relación con Cristo. Os exhorto, queridos hermanos y amigos sacerdotes, a mantener vivo el fuego en el altar de nuestro corazón, a alimentar constantemente nuestra relación con Dios a través de una vida intensa de oración, a ejercitar los dones recibidos, para así no perder el celo y el entusiasmo por la obra del Señor, ni apagar su Espíritu en nosotros (cf. *1 Tes 5,19*). Recordemos siempre que solo si mantenemos una viva comunión con el Señor podremos personificar ante nuestras comunidades a Cristo y podremos mantenernos fieles a la vocación recibida.

A la vez somos servidores de la Iglesia. Amemos a la Iglesia, en sus dificultades y en sus esperanzas, formada por santos y pecadores; trabajemos para que pueda pasar de lo bueno a lo mejor; y mantengamos siempre la comunión con aquellos a los que el Señor puso al frente de ella: el Papa –*con Pedro y bajo Pedro*⁵⁸–, pastor de la Iglesia universal, y con el obispo, pastor de esta Iglesia particular. Alejémonos de la *deriva sectaria* que tanto daño hace a la Iglesia de Jesucristo. Al mismo tiempo, mantengamos la comunión con el presbiterio diocesano y con todo el Pueblo santo de Dios. Seamos *hombres de comunión*⁵⁹, de modo que podamos crecer en y con el propio presbiterio unido al obispo en el sentido de pertenencia a nuestra archidiócesis, que tanto necesitamos.

La formación permanente

Un medio imprescindible para reavivar el don que hemos recibido y mantener la *fidelidad creativa* a nuestros compromisos sacerdotales es la formación permanente. Esta encuentra su razón última en motivaciones teológicas y es exigencia de fidelidad al ministerio sacerdotal y al proceso de continua conversión.

⁵⁸ Cf. LG, 22-23.

⁵⁹ Cf. JUAN PABLO II, Exhort. Postsinodal *Pastores dabo vobis* (=PDV), LEV, Ciudad del Vaticano 1992, nn.16-17.

La formación inicial y permanente es, en efecto, un proceso de continua conversión hasta llegar a la configuración con Cristo. “Es también un acto de amor al Pueblo de Dios a cuyo servicio está puesto el sacerdote”⁶⁰. Sin la formación permanente no podremos seguir profundizando en la dimensión humana que nos permita “comprender las necesidades y acoger los ruegos, intuir las preguntas no expresadas, compartir las esperanzas y expectativas, las alegrías y los trabajos de la vida ordinaria”⁶¹. No seremos tampoco capaces de “encontrar a todos y dialogar con todos”. Sin la formación permanente no podremos servir adecuadamente a la causa de la evangelización aquí y ahora, “tarea esencial e improrrogable de la Iglesia en este final del segundo milenio”⁶². Sin formación permanente no podremos servir al Pueblo de Dios, según las exigencias de nuestros días. Sin formación permanente no podremos tampoco cultivar la dimensión espiritual de nuestra condición sacerdotal; no podremos cultivar la dimensión intelectual ni pastoral. Aprovechemos todos los medios a nuestra disposición para ponernos al día en el campo de la teología y de la pastoral y, al mismo tiempo, que todo lo que hacemos nos lleve a asimilar progresivamente los sentimientos de Cristo hacia el Padre y de este modo a configurarnos cada día más con el Señor, pues en eso consiste la formación permanente⁶³.

Psicología de la tumba

Una de las tentaciones a la que podemos sucumbir los sacerdotes es la de la *psicología de la tumba*, de la que habla el Papa Francisco. Con esta expresión el Papa se refiere a un determinado modo de estar y de actuar en el mundo y en la Iglesia. Designa una personalidad muy común que, en vez de contagiar entusiasmo y alegría, transmite desilusión y frustración. Con la expresión *psicología de la tumba*, el Papa Francisco designa a personas que han perdido el entusiasmo inicial, que han transformado la propia vida en una mera repetición de acciones monótonas. Quien sufre esta enfermedad del alma sufre el desencanto vital, la desilusión y se limita a elogiar el pasado y, a menudo, a criticar cualquier iniciativa del presente, venga de quien venga, también del Santo Padre, terminando por convertirse, en palabras del Pontífice, en *momias de museo*⁶⁴. Y mientras la alegría cristiana nace del milagro de la Pascua y del saber que él nos sostiene en todo momento, la *psicología de la tumba* nos llevará solo a la desilusión y terminará abortando cualquier proyecto innovador. Contra dicha enfermedad hemos de reivindicar, como hace el Papa Francisco, un cristianismo pascual, gozoso y confiado, que no se deje sucumbir por los datos negativos, por las previsiones apocalípticas, ni por las estadísticas. Hemos de confiar en la fuerza del Espíritu Santo que renueva, transforma y regenera permanentemente a la Iglesia, y puede hacer el milagro de mantenernos siempre joven y alegre en el Señor.

⁶⁰ *Id.*, 70.

⁶¹ *Id.*, 72.

⁶² *Id.*, 70.

⁶³ Cf. VC, 65.

⁶⁴ Cf. EG, 82-83.

¿No creéis que esta es una triste realidad en algunos de nosotros o, por lo menos, un riesgo del que hemos de ser bien conscientes? ¿No creéis que nos sobra apatía, resignación, tristeza y nos falta valentía (*parresia*), alegría que brota de la Pascua y confianza en la presencia del Señor en nuestras vidas y en la historia? ¿No creéis que en demasiadas ocasiones damos la sensación de haber hecho una opción por vivir una perenne *cuaresma sin Pascua*, en lugar de una opción por Cristo Resucitado, fuente de verdadera alegría?⁶⁵ Vivamos y trasmitamos “la alegría del Evangelio que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”⁶⁶. Luchemos contra la acedia y la tentación de vivir en una permanente tristeza dulzona, sin esperanza, que se adueña del corazón “como el más precioso de los elixires del demonio”⁶⁷.

Preguntémonos:

- **¿Soy consciente de la gracia recibida?**
- **¿Manifiesto esa conciencia a través de la alegría con la que vivo mi misión?**
- **¿Cuántas veces al día doy gracias por mi vocación?**
- **¿No me estaré llevando del pesimismo ante las circunstancias en que vivo mi sacerdocio?**
- **¿Cómo cultivo mi vocación sacerdotal? ¿Tomo en serio mi formación permanente?**

MIRANDO A NUESTRO ALREDEDOR

No podemos olvidar que hemos de vivir nuestro sacerdocio en un contexto geográfico, social y religioso bien concreto.

En Extremadura

Vivimos en Extremadura, una Región con una población cada vez más envejecida, con poca industria y altos índices de paro y de pobreza.

En este contexto se necesitan sacerdotes compasivos con la gente y con pasión por el pueblo. Sin compasión nunca podremos decirnos pastores según el corazón de Cristo, quien se conmovió ante ciertas situaciones humanas extremas (cf. *Mc* 1,40 ss.: 6,34). Por otra parte, sin pasión, nuestro sacerdocio no será ni contagioso, ni significativo, ni lo podremos vivir con la alegría propia de quien se siente fascinado por Cristo en tal manera que nos lleve a decir con san Pablo: “Para mí la vida es Cristo” (*Flp* 1,21). Sin pasión por Cristo fácilmente caeremos en la tentación de vivir nuestro sacerdocio con *cara de funeral*, que aleja en lugar de atraer. Sin pasión por Cristo fácilmente caeremos en la rigidez, con la cual no vamos a ninguna parte. Una cosa es la

⁶⁵ Cf. EG, 6.

⁶⁶ EG, 1.

⁶⁷ BERNANÓS, G, *Diario de un cura rural*, París, 1974, p. 135.

exigencia, y el Evangelio es exigente, y otra es la rigidez, que nunca se puede decir evangélica (cf. *Jn* 8, 3-11).

En cuanto sacerdotes, en esta situación concreta en que vivimos, necesitamos desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo [...] Jesús nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia”⁶⁸. No podemos pretender vivir nuestro sacerdocio al margen de la vida de nuestro pueblo. Por la ordenación ya no nos pertenecemos: somos de Jesús, ciertamente, pero somos también del pueblo y para el pueblo. Llamados a vivir en estrecha relación con Jesús, estamos igualmente llamados a vivir en estrecha relación con la vida real de la gente, conociendo la situación de nuestro pueblo e interpretando y haciendo un discernimiento evangélico desde esa situación, preguntándonos qué quiere decirnos Dios desde esta situación concreta de la gente.

Cautivados por el modelo de Cristo hemos de desear integrarnos a fondo en la sociedad, compartir la vida con todos, escuchar sus inquietudes, colaborar material y espiritual con ellos en sus necesidades, alegrarnos con los que están alegres, llorar con los que lloran y comprometernos en la construcción de una región extremeña mejor, codo a codo con los demás, particularmente con los más pobres. Y todo ello como una opción que nos llena de alegría y nos otorga identidad⁶⁹.

Os invito, mis queridos hermanos sacerdotes, a no vivir al margen del pueblo, al margen de sus sufrimientos y de sus alegrías. Recordemos siempre nuestros orígenes: “Sacados de entre los hombres para servir a los hombres en todo lo que se refiere a Dios” (*Heb* 5,1). Nuestra misión es estar al lado de todos, particularmente de los más pobres, de los ancianos, de los enfermos, de las personas que viven solas, de las familias que están pasando necesidades económicas y sociales, de los presos, de los agricultores que trabajan con incertidumbre, de los empresarios que se sienten agobiados, de los obreros que viven con presión, de los inmigrantes que muchas veces son explotados, etc. No podemos cruzarnos de brazos ante situaciones que atentan contra la dignidad de las personas. Hemos de ser pastores con entrañas de compasión en el contexto de nuestra Región, sin olvidar que “Dios llama a sus sacerdotes desde determinados contextos humanos y eclesiales, que inevitablemente los caracterizan y a los cuales son enviados para el servicio del Evangelio de Cristo”⁷⁰.

Os invito a tomar conciencia de que “nuestra misión en el corazón del pueblo no es un aparte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy *una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo [...] Hay

⁶⁸ EG, 268.

⁶⁹ EG, 269

⁷⁰ PDV, 5.

que reconocerse a uno mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar”⁷¹.

No podemos convertirnos en meros gestores, tenemos que salir a la “periferia, donde hay sufrimiento, sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patrones”⁷². Los sacerdotes estamos llamados a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los demás, para dar el Evangelio a los otros, para ungir a los que no tienen nada de nada. “El que no sale de sí, en vez de mediador se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor” [y] “todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor ya tienen su paga, y puesto que no ponen en juego la propia piel, ni el corazón, tampoco reciben un agradecimiento afectuoso que nace del corazón”. Y de ahí viene, en muchas ocasiones, la insatisfacción de algunos sacerdotes que “terminan tristes y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores con *olor a oveja*, pastores en medio de su rebaño y pescadores de hombres”⁷³.

Preguntémonos:

- **¿La gente me siente cercano a ellos?**
- **¿Cómo muestro esa cercanía?**
- **¿En qué debo mejorar en el campo de la pasión y de la compasión?**
- **¿Cómo vivo mi sacerdocio: como gestor e intermediario o como mediador?**
- **¿Soy un pastor con “olor a oveja”?**

En una sociedad cada vez más secularizada

Es verdad que nuestro pueblo es profundamente religioso, como he podido comprobar en las celebraciones dominicales que he presidido y particularmente en las celebraciones de Semana Santa, así como en las romerías en las que he participado. Es verdad, también, que la Iglesia y los sacerdotes gozamos todavía de la confianza y estima de nuestro pueblo. Lo palpo en las visitas que he realizado a las parroquias de la diócesis, sobre todo con motivo de las confirmaciones. El aprecio hacia la Iglesia también se puede palpar en el hecho de que nuestra Región ocupa uno de los primeros puestos entre las diócesis de España en señalar la X a favor de la Iglesia en la declaración de la renta.

Aun siendo verdad todo ello, sin embargo, no podemos cerrar los ojos a una realidad cada vez más clara: nuestra sociedad y nuestra Región están cada vez más secularizadas, marcadas por la indiferencia religiosa, en donde lo religioso impregna cada vez menos la vida social y pública, que asumen la increencia como un valor de

⁷¹ EG, 273.

⁷² FRANCISCO, *Homilía en la Misa Crismal del Jueves Santo* en la Basílica de San Pedro, 13 de abril de 2024.

⁷³ *Id.*

“progreso”, como una conquista cultural y que nos hablan de la urgencia de una revitalización de la evangelización de nuestro pueblo. En cierto modo, también de nuestro pueblo se puede decir que somos un pueblo de bautizados poco evangelizados.

En este contexto se necesitan sacerdotes con una profunda identidad sacerdotal. La llamada crisis de identidad sacerdotal amenaza a todos y se suma a una crisis de civilización, pero si los sacerdotes “sabemos atravesar la ola, podremos meternos mar adentro en nombre del Señor y echar las redes”⁷⁴. Cuidemos nuestra identidad sacerdotal. Estamos en el mundo, pero no podemos ser del mundo, no podemos conformarnos con él (cf. *Jn* 17,15-16). ¡Guardémonos de la mundanidad! Luchemos contra la tentación de vivir según los intereses y la lógica del mundo. Guardémonos de vivir según los criterios de la moda, pues, como dice un proverbio oriental, “quien se casa con la moda pronto quedará viudo”. Vivamos según el Espíritu, pues solo así seremos “sal y luz” en el mundo (cf. *Mt* 5,13-16), solo así podremos fermentar la masa (cf. *Gal* 5,9). Ser del mundo significaría para un sacerdote buscar solo el bienestar personal, el confort, la comodidad, la reputación y la fama. Un sacerdote no puede vivir según el espíritu del mundo. La mundanidad lo llevaría “a la vanidad, a la prepotencia, al orgullo. Y esto sería un ídolo, no es Dios [...] y la idolatría es el pecado más fuerte”⁷⁵. Ser del mundo significaría buscar el poder y permanecer en él lo más posible para conseguir el mayor grado de beneficios.

Por otra parte, guardémonos de la mundanidad espiritual, o *pelagianismo autorreferencial*, como la llama el Papa Francisco, una de las mayores plagas del cristianismo, y que consiste en creer que la salvación es mérito personal, fruto del esfuerzo y de la práctica de la virtud, más que resultado de la acción de Dios en el ser humano y de la libre comunicación de la gracia. Quien sufre la mundanidad espiritual cree que está solo, está convencido de que todo lo que obtiene es fruto del propio talento, de los propios esfuerzos e ignora el valor del don y de la gracia recibida. Es típico de estas personas el sentirse superiores, los mejores y ser muy severos y sin pizca de misericordia para los demás.

Finalmente, una deriva de la mundanidad espiritual es lo que el Papa Francisco llama la *obsesión por hacer carrera* que tienen algunos eclesiásticos. Una enfermedad tan grave como la lepra, como la llama el Papa Francisco. “¡La mundanidad espiritual mata! ¡Mata el alma! ¡Mata las personas! ¡Mata la Iglesia!”⁷⁶. La reforma de la Iglesia, también de nuestra archidiócesis, pasa por transformar una actitud de egoísmo y de vanidad en una actitud de experiencia de servicio.

En el contexto de una sociedad secularizada, como la nuestra, son necesarios sacerdotes oyentes y anunciadores de la Palabra de Dios, eucarísticos, orantes, contemplativos: “El sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino [...]. Por eso el sacerdote mismo debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita

⁷⁴ *Id.*

⁷⁵ FRANCISCO, *Discurso a los pobres asistidos por Caritas*, 4 de octubre de 2013.

⁷⁶ *Id.*

acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: *la mente de Cristo* (1 Cor 2,16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio. El sacerdote debe ser el primer *creyente* de la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son suyas, sino de aquel que lo ha enviado. Él no es dueño de esta Palabra: es su servidor⁷⁷.

El sacerdote debe ser también un hombre profundamente eucarístico: “También para el sacerdote el lugar verdaderamente central, tanto de su ministerio como de su vida espiritual, es la Eucaristía, porque en ella se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo, que mediante su carne, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da la vida a los hombres. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con Él mismo⁷⁸”.

En una sociedad secularizada como la nuestra, nosotros los sacerdotes estamos llamados a ser hombres espirituales, hombres que se muevan al ritmo del Espíritu. Solo así seremos pastores creativos en nuestra labor evangelizadora y no simples repetidores de lo que siempre se hizo. Solo así podremos convertirnos en *profetas de esperanza*, de los que tanto necesita nuestra Iglesia, profetas de un Dios para el que “nada hay imposible” (Lc 1,37). Solo así nos alejaremos de un falso espiritualismo y viviremos desde una espiritualidad fuerte que nos llevará a ser hijos del cielo-hijos de la tierra, místicos-profetas, discípulos-misioneros.

Y para ello estamos llamados a ser, queridos hermanos sacerdotes, hombres de la Palabra, que la leen frecuentemente, la escuchan con atención y la oran con asiduidad; hombres eucarísticos que celebran la Eucaristía con fe y la dignidad propia de este sacramento, y la adoran diariamente, hasta hacer de nuestra existencia vidas que se ofrecen y se entregan gratuitamente, convirtiéndonos en buen pan y alimento para nuestras comunidades; hombres que gusten el perdón de Dios en el sacramento de la Reconciliación y lo administren a los fieles sin escatimar tiempo y sin convertirnos en jueces, siendo ministros de la misericordia; hombres profundamente marianos, acogiendo a María, nuestra Madre, como madre y maestra⁷⁹. La Palabra, la Eucaristía, el sacramento de la reconciliación y una auténtica devoción a María cambiarán nuestras vidas y las harán cada vez más evangélicas.

Por otra parte, estemos atentos, mis queridos hermanos sacerdotes, porque en esta secularización galopante corremos el peligro, como nos advierte el Papa Francisco, de caer en la *acedia espiritual*, algunos de cuyos síntomas son: la atonía, la sensación de vacío, el aburrimiento, la desgana, el desasosiego, la incapacidad de concentración, la ansiedad del corazón, la falta de esperanza. Y en ese contexto, estemos atentos a no buscar cualquier tipo de evasión: el móvil, internet, el activismo, el alcohol, etc. Si no

⁷⁷ PDV, 26.

⁷⁸ *Id.*

⁷⁹ Sobre nuestra devoción a María, cf. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Marialis cultus*, Vaticano, LEV, 1974.

estamos muy atentos y vigilantes sobre nosotros mismos podemos llegar a ser intolerantes, rígidos, amargados y hasta agresivos. Todo lo contrario de lo que debe ser un “pastor con olor a oveja”, un pastor según el corazón de Cristo.

En una sociedad secularizada como la nuestra necesitamos enamorarnos de Dios para, poco a poco, hacer retroceder la acedia. Es verdad que uno no se enamora de Dios por puro esfuerzo. Es necesario hacerse permeable a la “invasión de lo divino” que el Espíritu protagoniza de las formas más insospechadas. Se trata de descubrir la “gracia” de cada momento. Creer que existe la Providencia. Recuperar el estilo de Abraham, quien ante la mayor dificultad de su vida supo decir: “Dios proveerá” (*Gn 22,8*). Para ello hace falta recuperar el espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga⁸⁰.

Y en este camino, dejémonos acompañar por un acompañante espiritual que nos ayude a discernir evangélicamente y no caminemos solos, aislándonos de los demás hermanos en el sacerdocio.

Preguntémonos:

- **¿Cómo cuido la dimensión espiritual de mi vida?**
- **¿Qué importancia le doy a la Palabra de Dios en mi vida?**
- **¿Me dejo interrogar por ella o la leo solo para los demás?**
- **¿Jesús es realmente mi primer y único amor, como lo era en el momento de mi ordenación?**
- **¿Cómo celebro la Eucaristía?**
- **¿Con qué frecuencia me acerco al sacramento de la Reconciliación?**
- **¿Cómo vivo la dimensión mariana en mi vida sacerdotal?**

En una sociedad en la que cada día el sacerdote es más irrelevante

Vivimos en una sociedad en la que cada día los sacerdotes somos más irrelevantes y con gran descrédito por las situaciones vividas en la Iglesia. En este contexto necesitamos *sacerdotes testigos*, que sepan dar razón de su esperanza: “Es verdad que, en nuestra relación con el mundo, se nos invita a dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan. Se nos advierte muy claramente: «Hacedlo con dulzura y respeto» (*1 Pe 3,16*), y «en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres» (*Rm 12,18*). También se nos exhorta a tratar de vencer «el mal con el bien» (*Rm 12,21*), sin cansarnos «de hacer el bien» (*Gal 6,9*) y sin pretender aparecer como superiores, sino «considerando a los demás como superiores a uno mismo» (*Fip 2,3*). De hecho, los Apóstoles del Señor

⁸⁰ EG, 262.

gozaban de «la simpatía de todo el pueblo» (*Hch 2,47; 4,21.33; 5,13*). Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo”⁸¹.

Esto que se dice para todos los miembros de la Iglesia es aplicable especialmente para los sacerdotes, llamados a servir a todo el Pueblo santo de Dios.

Con el empuje del Espíritu viviremos en fidelidad “en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? (Rm 8,31)*”⁸². Que no nos sintamos paralizados por el miedo.

Nuestra fidelidad aún en los momentos de dificultad y dureza no hemos de vivirla con espíritu apocado, triste, con bajo perfil de energía, no hemos de perder la alegría, que ha de estar acompañada del sentido del humor. No caigamos en la tentación de aislarnos o de caer en un individualismo, en un espiritualismo, o en encerramientos en pequeños mundos, instalándonos en la comodidad. Hemos de cuidarnos y dejar que otros puedan cuidarnos.

Preguntémonos:

- **¿Cuál es mi actitud ante las dificultades?**
- **¿Cómo cuido mi salud física y espiritual?**
- **¿Permito que otros me cuiden?**
- **¿Vivo bien integrado en la fraternidad sacerdotal o me aíso en mi pequeño mundo?**

SEMINARISTAS

Ante todo: enhorabuena por responder positivamente a la llamada del Señor. No todo es mérito vuestro, pues la vocación viene del Señor, pero también. Aunque pocos, no os sintáis solos. La comunidad diocesana, y yo en primer lugar, ora por vosotros y acompaña con gozo vuestro camino de discernimiento vocacional.

Vosotros, queridos seminaristas, no solo sois el futuro clero de la archidiócesis, sino que ya podéis ser el motor de un presente lleno de fuerza y pasión en nuestras comunidades. No seáis meros espectadores de lo que sucede en nuestra archidiócesis. No penséis solo en lo que haréis mañana. Sed desde ahora, junto al clero, los consagrados y a todos los que formamos parte del Pueblo santo de Dios, actores de la misión que como comunidad diocesana se nos ha confiado. No esperéis a mañana, pues en gran parte mañana seréis lo que seáis hoy.

⁸¹ EG, 271.

⁸² EG, 112.

En vuestra formación prestad mucha atención a la dimensión humana, particularmente a las áreas de la afectividad y de la sexualidad; prestad mucha atención a una formación filosófica y teológica adecuada a este momento cultural en el que nos encontramos. En todo momento, estad preparados para dar razón de vuestra opción vocacional (cf. *1 Pe* 3,15). No viváis de slogans. No seáis simples consumidores de una cultura que os imponen. Sed creadores de una cultura basada en los valores del Evangelio. De este modo seréis “sal y luz” en el mundo de hoy y particularmente para los jóvenes, vuestros coetáneos (cf. *Mt* 16,21-27).

Cultivad vuestra amistad con Jesús a través de la oración personal y litúrgica, a través de una vida sacramental que alimente vuestra fidelidad y vuestra fe en aquel para el cual “nada hay imposible” (cf. *Lc* 1,37), sin olvidar nunca una auténtica devoción a la Santísima virgen, María “hecha Iglesia” (san Francisco de Asís, SVM, 1). Y recordad siempre que, por el sacerdocio al que os prepararéis, sois llamados a servir no a hacer carrera. Y recordad siempre que sois llamados a ser pregoneros de la buena noticia de la vocación sacerdotal a otros jóvenes. Sed agentes de pastoral vocacional ya desde ahora.

Preguntémonos:

A) Para responder por todo el pueblo santo de Dios:

- **¿Oramos por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada para nuestra archidiócesis?**
- **¿Proponemos la vida sacerdotal y consagrada como opción de vida para nuestros jóvenes?**

B) Para responder por los seminaristas:

- **¿Qué echáis de menos en vuestra formación?**
- **¿Con qué Iglesia diocesana soñáis?**

IV

LOS CONSAGRADOS, CULTIVADORES DEL ASOMBRO

Me dirijo ahora a vosotros, queridos hermanos y hermanas consagrados. Cuando pienso en vosotros, consagrados, no puedo menos de pensar en mí mismo, consagrado como vosotros, seducido, seguramente como la mayoría de vosotros, por la belleza de seguir a Cristo. Quiero saludar en modo particular a todas las hermanas contemplativas, pues las considero una parte fundamental de nuestra Iglesia particular. Lo que voy a decir a los consagrados en general, sirve también para vosotras, hermanas queridas en el Señor. Tiempo habrá, D.m., para escribiros a vosotras en particular.

Cuántas veces, unos y otros, le hemos repetido al Señor las palabras de Jeremías: “Me sedujiste, Señor y me dejé seducir” (*Jr 20,7*), y en momentos de dificultad tuvimos la misma experiencia que el profeta: “Has sido más fuerte que yo y me has podido” (*Jr 20,7*). Por eso nos mantenemos en pie.

En cuanto pastor de esta archidiócesis quiero deciros: gracias por lo que sois y por lo que hacéis. ¡Cuántas veces agradezco al Señor vuestra presencia en esta Iglesia particular! Sin vosotros y sin vosotras esta Iglesia no sería la misma, le faltaría algo. Con vuestras dificultades, particularmente por la falta de vocaciones y el envejecimiento que sigue avanzando, seguís siendo un verdadero tesoro para nuestra iglesia.

Un trabajo inacabado

En estos años nada fáciles, la vida consagrada, bien consciente de que “es como el agua, que si no corre se pudre” (Papa Francisco); bien consciente de la necesidad que tiene de recuperar la capacidad del asombro y del estupor, para permanecer siempre joven y alejarse de la mediocridad, manteniendo siempre viva la “santa inquietud” alimentada por la pasión, pasión por Cristo y pasión por la humanidad; queriendo devolverle todo su encanto: alegría contagiosa, fuerte atractivo, suave frescor y estimulante esperanza, con mucha creatividad y con mucha fe en aquel que nos ha llamado a seguirle, ha trabajado mucho y bien en la puesta al día de sus carismas y de sus opciones de vida a la luz de los *signos de los tiempos*. Soy testigo privilegiado de todo el camino recorrido por la vida consagrada, incluida la vida contemplativa, en estos años a nivel universal. Seguramente que los consagrados de Extremadura, y más concretamente de esta archidiócesis, habéis participado y os habéis beneficiado de todo ese trabajo.

Pero ese trabajo no ha terminado. Muchos son los retos que la vida consagrada está llamada a enfrentar todavía hoy. Enumero solamente dos de los que se desprenden otros muchos: recuperar la capacidad del asombro y del estupor y devolver a la vida consagrada todo su encanto. Para responder adecuadamente a estos dos desafíos, la vida consagrada está llamada a asumir el Evangelio como su forma de vida, renovar cada día su pasión por Jesús, crear fraternidades y despertar esperanzas, habitar las periferias y escuchar el grito de los pobres, ser profetas y no jugar a serlo, cuidar la persona e innovar las estructuras, optar por una formación artesanal.

De todos modos, el desafío principal que tenemos por delante es el de dejarnos *pro-vocar* por el Evangelio para vivir como profetas hoy. Los consagrados estamos

llamados a incidir en la historia y para ello es necesario que re-visitemos nuestros caminos de fe. Estamos llamados a caminar sobre las aguas con fe, permaneciendo anclados en el Señor. Es la relación con Cristo la que nos dará la fuerza para seguir sus huellas, también en las dificultades. Solo así seremos signos eficaces de su presencia. Quien tiene el corazón habitado por Dios ve, escucha, interpreta, discierne, actúa como Jesús.

Crear fraternidades y despertar esperanza

Este es un desafío importante al que hay que dar una respuesta adecuada. En un mundo dividido y fragmentado, la vida consagrada tiene delante de sí un deber importante y especial: crear, suscitar, animar y sostener comunidades fraternas que irradian amistad, estímulos positivos, apoyos y reconciliación. En definitiva, despertar esperanza.

La vida fraterna en comunidad no es solo un elemento esencial de la vida religiosa y de muchas otras formas de vida consagrada, sino que, cuando es humana y humanizante, y ahonda sus raíces en la comunión trinitaria, la vida fraterna en comunidad es misión, es profecía. En ello reside la importancia de construir verdaderas comunidades fraternas y de que en dicha construcción se comprometan el mayor número de hermanos y hermanas.

Construir comunidades fraternas comporta realizar un éxodo no siempre fácil, un paso:

- *De una vida en común a una comunidad de vida*, rica en relaciones interpersonales, de acogida del otro, de diálogo, de discernimiento, de libertad responsable, de cuidado del otro. En una sociedad como la nuestra, de rechazo del que es diferente, ¡qué hermosa misión la de ofrecer una comunidad fraterna y abierta a la hospitalidad del otro, sobre todo el que es diverso; ofrecer una comunidad que transmita el encanto de vivir juntos, unidos en la diversidad, creando espacios llenos de afecto, abiertos, gozosos, humanizantes!
- *De estructuras que infantilizan a soportes que formen personas adultas*: personas libres, creativas, capaces de discernimiento. En este sentido juega un papel importante el servicio de la autoridad, llamado a propiciar el crecimiento de las personas. Considero urgente evangelizar el servicio de la autoridad.
- *De la uniformidad a la comunión en la diversidad*, de modo que la vida fraterna pueda ser, aunque pálidamente, una imagen de la Trinidad. Los consagrados hemos de perder y combatir el miedo a la diversidad. La vida consagrada está viva solo si logra integrar en un modo fecundo lo que es diverso. *Fratelli tutti* nos pide superar el miedo del otro y de la diversidad, vista como obstáculo⁸³, nos invita a reconocer al otro el derecho a ser diverso⁸⁴, a respetar la diversidad⁸⁵, a

⁸³ Cf. FRANCISCO, *Fratelli tutti* (=FT), 256.

⁸⁴ Cf. FT, 218.

⁸⁵ Cf. FT, 220.

asumir la unidad enriquecida por la diversidad reconciliada⁸⁶, a acoger al otro⁸⁷, y a dejarse interrogar por el otro⁸⁸.

- *Del atrincheramiento al campo abierto donde se combate por el Reino.* Se trata de formar fraternidades abiertas, misioneras y no invernaderos y con complejo de asedio. El lugar de los consagrados no es la retaguardia cómoda donde no se corren riesgos, sino la línea de fuego donde se lucha y se arriesga todo por los valores del Reino: justicia, solidaridad, paz. La vida consagrada tiene necesidad de “salir”, ser más “misionera”. Tendríamos menos problemas en nuestras comunidades.

En actitud de discernimiento

En eso consiste precisamente el discernimiento: reconocer, interpretar y elegir. Discernir es vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña. Discernir es una actitud clave para el presente y el futuro que todos deseamos en la vida consagrada. Discernimiento como lucha para conocer mejor al Señor y seguirlo más de cerca. Discernimiento, “un avanzar en el gris de la vida según la voluntad de Dios”⁸⁹. El discernimiento, como recordó el Papa Francisco, “se realiza siempre en presencia del Señor, sin perder de vista los signos, escuchando lo que sucede, el sentir de la gente, sobre todo de los pobres”⁹⁰.

El discernimiento nos ayudaría a *centrarnos* en Él, única razón de ser de nuestra vida, a *concentrarnos* en los valores esenciales de la vida consagrada, y a *descentrarnos*, a “salir” para testimoniar el Evangelio.

No se puede caminar de cualquier modo. Es necesario discernir, a la luz de la Palabra, del propio carisma y de los signos de los tiempos. Hemos de tomar decisiones, hemos de hacer opciones, pero para que estas estén basadas en la forma de vida evangélica que hemos abrazado por la profesión hemos de frecuentar más la capilla que el despacho, sin olvidar, sin embargo, que, sin dejar de ser una actitud interior, el discernimiento exige al mismo tiempo estar abiertos al diálogo, al encuentro, a encontrar a Dios en cualquier parte donde él se deje encontrar. Ese equilibrio es el que nos enseñan nuestros fundadores y fundadoras.

El consagrado, que por amor permite a Dios obrar siempre en su vida y se abre a la novedad del Espíritu, está llamado a llevar adelante su misión no solo en las grandes ocasiones, sino también en los días feriales, y a trabajar en red y en sinergia con los demás, particularmente con los pastores, sin sentirse nunca una iglesia paralela.

⁸⁶ Cf. FT, 280.

⁸⁷ Cf. FT, 143.

⁸⁸ Cf. FT, 142.

⁸⁹ SPADARO, A., *Conversación del papa Francisco con los superiores generales.* En *La Civiltà cattolica* iberoamericana, 1 (2017), 16.

⁹⁰ SPADARO, A., *Entrevista al Papa Francisco,* en *Razón y Fe*, 2013, p. 31.

Ser profetas. No jugar a serlo

Por otra parte, siendo la profecía un elemento esencial de la vida consagrada⁹¹, nunca olvidemos que el mundo de hoy necesita de consagrados que sean profetas y no jueguen a serlo. Profetas que den testimonio de cómo se vive a Jesús en este mundo y que anuncien cómo será el Reino de Dios cuando llegue a su perfección. Profetas que consientan al Señor el que pueda manifestarse a través de ellos su proximidad a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a través del cuidado de las personas y la ternura, especialmente con aquellos que se encuentran a los márgenes de la existencia. Profetas que conozcan a Dios y conozcan a los hombres sus hermanos. Profetas que sean memoria viva del Señor Jesús. Profetas que, con su vida evangélica, despierten al mundo.

El mundo de hoy necesita igualmente consagrados que sean canales de transmisión de la vida de Dios en la cotidianidad, a través del testimonio de la caridad. Dios continúa interpelando a todo consagrado para que sea, en fidelidad creativa, un auténtico profeta entre la gente, con actitudes de acogida, gratuidad, escucha, respeto, solidaridad y compartiendo. No podemos ideologizar el Evangelio. Es necesario traducirlo en opciones coherentes y concretas para el bien de los demás.

Como cristianos, los consagrados no podemos estar de espectadores de la historia que pasa. Ha llegado el tiempo de dejar nuestros lugares protegidos para habitar las periferias y aprender de los abandonados de la sociedad la vida auténtica que viene de Dios.

Optar por una formación artesanal

Algunos pueden pensar que no teniendo en nuestra archidiócesis casas de formación inicial, el discurso sobre la formación nos toca de lejos. Ello supondría una grave tentación. Todos estamos en formación: unos en formación inicial, la mayoría en formación permanente. Algo que nunca se puede olvidar es que la formación es tarea de toda la vida, por eso la formación es permanente: un proceso que no termina nunca.

El proceso formativo no termina nunca y la formación permanente es el “humus” de la formación inicial. Sin aquella no podemos pensar que estamos respondiendo a las exigencias de esta.

A la base de cualquier renovación profunda de la vida consagrada está una formación adecuada a las circunstancias actuales que estamos viviendo. Largo es el camino que hemos recorrido en la formación, particularmente en la formación inicial, tal vez no tanto en la formación permanente, pasando de un modelo formativo de identificación con los ideales o de asimilación de contenidos doctrinales y prácticos a una formación como proceso personal de crecimiento. Está claro, sin embargo, que el camino que nos espera sigue siendo todavía largo y fatigoso, pues comporta la búsqueda de nuevos modelos formativos que lleven a los consagrados a una renovada fidelidad vocacional y a una presencia más significativa en la Iglesia y en la sociedad.

Ello está pidiendo que se respeten algunos principios fundamentales, tanto en la formación permanente, como en la inicial, que ya aparecen bien sintetizados en *Vita*

⁹¹ Cf. VC, 73, 84, 85.

*consecrata*⁹². Uno de estos principios es que la formación sea integral y, en cuanto tal, que considere la totalidad de la persona, para que pueda desarrollar de modo armónico sus dotes físicas, psíquicas, morales e intelectuales y todas sus dimensiones: humana, espiritual, apostólica, cultural, carismática. Otro principio fundamental es que sea personalizada, apropiada al proceso de cada uno, adaptándose al ritmo real de crecimiento de cada sujeto. Y puesto que ha de ser apropiada a cada sujeto, la formación ha de ser progresiva y gradual, de ahí que hemos de exigirnos más a los que ya hemos hecho una opción definitiva por la vida consagrada que a los que todavía están planteándose si el Señor los llama o no a una consagración especial en la vida consagrada. La formación ha de ser también experiencial, debe favorecer experiencias concretas del estilo de vida y de los valores de carisma propios. Todo esto requiere que la formación, ya sea permanente o inicial, sea acompañada, algo que pide formadores y acompañantes bien formados.

Cuidemos mucho, queridos hermanos y hermanas consagrados, nuestra formación permanente, pues de ella depende que nuestra fidelidad sea creativa o estática. De ella depende, también, que nuestra vida sea significativa para los hombres y mujeres de hoy o simplemente nos convirtamos en “piezas de museo”, como tantas veces nos ha alertado el Papa Francisco.

Un consejo de hermano: ¡Dejémonos sorprender por Dios! No le tengamos miedo a las sorpresas que nos mueven el suelo de nuestras seguridades. Las sorpresas de Dios pueden llegarnos de madrugada, a media mañana, al atardecer de nuestras vidas. Preparémonos con una formación adecuada a acogerlas en todo momento.

Haciendo “memoria deuteronomica”

Recordemos, queridos hermanos y hermanas consagrados, que el carisma se custodia creciendo en su comprensión. No cedamos a la tentación de *embotellarlo*, de hacer *memoria arqueológica*. Hagamos memoria, sí, pero *memoria deuteronomica*, pues solo esta es fecunda. No permitamos que el agua de nuestros carismas deje de correr, pues si dejara de hacerlo, se pudriría, como nos dice el Papa Francisco. Recordemos también que nuestra vida, a pesar de las renunciaciones y de las pruebas que comporta, es, como afirmaba hace años Juan Pablo II, “camino de luz” (VC, 40), custodiada por la mirada amorosa de Jesús. Trabajemos sin descanso para que nuestra vida sea una vida compartida en el amor, para ser, de este modo, signo y profecía elocuente de comunión eclesial. Empeñémonos en hacer realidad el mandamiento nuevo del amor, amando a los otros como él nos ha amado (cf. *Jn 13,34*). Un amor que exige “amor recíproco incondicional, que exige disponibilidad para el servicio sin reservas, prontitud para acoger al otro tal como es sin «juzgarlo» (cf. *Mt 7,1-2*), capacidad de perdonar hasta «setenta veces siete» (*Mt 18,22*)” (VC, 42).

Recordemos que nuestra *vida fraterna en comunidad*, vivida desde estos principios, será la mejor profecía que podemos ofrecer al mundo de hoy. No privemos, queridos consagrados, a nuestra Iglesia de la profecía de *la vida fraterna en comunidad*. Sean nuestras fraternidades espacios teologales en los que se pueda “experimentar la presencia mística del Señor resucitado” y serán entonces y solo entonces, “instrumentos

⁹² Cf. VC, 65.

para una determinada misión” (VC, 42). Recordemos, en fin, que, siguiendo el ejemplo de nuestros fundadores y fundadoras, el lugar privilegiado de nuestra misión está en medio de los pobres: pobres de pan y de la luz del Evangelio.

Recordemos que nuestra *vida fraterna en comunidad*, vivida según los criterios del Evangelio es el lugar privilegiado de nuestra misión. Recordemos siempre que, en cuanto consagrados, estamos llamados a cantar, viviendo nuestra consagración, en el concierto del mundo, el *cantus firmus* (Dietrich Bonhoeffer). Recordemos que, si la línea melódica se mantiene, entonces estemos tranquilos porque las otras voces no vendrán a menos. Los consagrados no somos mejores que los otros, pero deberíamos ser más ricos: tenemos, o deberíamos tener, un tesoro de esperanzas, de valentía, de libertad, de corazón.

A las contemplativas

¡Qué riqueza de vida contemplativa ha dado el Señor a esta Iglesia particular! Gracias, Señor, por las almas contemplativas que se dejan seducir por ti y viven centradas en ti (cf. Jr 20,7).

A vosotras, mis hermanas contemplativas, os digo con palabras del amado Papa Francisco: “Sed puentes de intercesión para la Iglesia y el mundo”⁹³

Vuestra vida gastada en la búsqueda y la contemplación del Rostro de Dios, vivida en el silencio/soledad y una profunda comunión entre vosotras, habla por sí misma. Sois el “corazón pulsante del anuncio”. Vuestra oración incesante es oxígeno para todo el Cuerpo de Cristo, es la fuerza invisible que *sostiene los miembros débiles de la Iglesia* (santa Clara), la fuerza que sostiene la misión de la misma Iglesia.

En un mundo en el que, por una parte, muchos creyentes han perdido o, tal vez, no han experimentado nunca la belleza de Dios en el corazón y en la vida, y, por otra parte, muchos otros sienten sed de una belleza que sepa colmar las ansias más profundas de la existencia, recordad que, como decía J. B. Metz, “a la crisis de Dios se responde solo con la pasión por Dios” y que a la sed de Dios se responde con la transparencia de una vida enamorada de su misterio de belleza y de bondad.

Enamoradas de la belleza del Rostro de Dios, sed en nuestra Iglesia particular memoria viviente de esa belleza en el silencio contemplativo. Dejaros abrazar por el amor de Dios hasta poder decir con la esposa del Cantar de los Cantares: “Mi amado es para mí y yo soy para mi amado” (*Cant* 2,16). Como os pide la Constitución apostólica *Vultum Dei quaerere*, sed en nuestra archidiócesis *faros* para los que caminamos en alta mar, indicándonos el puerto que es Cristo; sed *antorchas* en la noche oscura de los tiempos, indicándonos a aquel que es “Luz que viene de lo alto” y que ilumina a cuantos caminan en “tinieblas y en sombras de muerte” (*Lc* 1,78-79); sed *centinelas* de la aurora (cf. *Is* 21,11-12) que anuncian con su vida la llegada de un nuevo día⁹⁴.

Haced de la oración una profecía, es decir: probad a ver el mundo con los ojos de Dios, *sub specie aeternitatis*. Entonces la oración os cambiará a vosotras y

⁹³ FRANCISCO, *Audiencia general*, 26 de abril de 2023.

⁹⁴ Cf. FRANCISCO, Constitución Apostólica *Vultum Dei quaerere*, Ciudad del Vaticano, LEV, 2016, 6.

participaréis activamente en la transformación del mundo. Kierkegaard afirmaba que “orar no es tanto obtener, sino llegar a ser”. Ayudadnos, queridas contemplativas, a ser un pueblo orante, unido en la oración.

Preguntémonos:

A) Para responder por los consagrados:

- ¿Qué lugar ocupa el Evangelio en nuestras vidas?
- ¿Nos dejamos interrogar por él?
- ¿A quién seguimos?
- ¿En qué fundamentamos nuestras opciones?
- ¿Cómo conjugamos nuestro obrar con el Evangelio?
- ¿Qué significa para nosotros la experiencia de Jesús que compartía personalmente los sufrimientos de aquellos que encontraba, con gestos, sentimientos y emociones?
- ¿Cómo estamos viviendo como profetas en la historia, con nuestras obras y palabras, en esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz?
- ¿Qué importancia damos a nuestra formación permanente?

B) Para responder por todo el Pueblo de Dios:

- ¿Cómo veo la vida consagrada en nuestra archidiócesis?
- ¿Qué le pedimos a los consagrados en estos momentos?

LAICOS EN UNA IGLESIA EVANGELIZADORA

En un acercamiento a la situación del laicado en nuestra archidiócesis he podido ver en el documento de la Escuela diocesana de formación de laicos, *La revisión del proyecto de formación del laicado*, citando al Consejo Diocesano de Pastoral, la descripción que se hace del laicado en nuestra diócesis: “El laicado en nuestra diócesis es mayoritariamente un laicado envejecido y femenino, pero también hay que destacar que hay una minoría significativa de fieles laicos mucho más conscientes de su vocación y corresponsabilidad con la misión de la Iglesia, que sienten como suya, y con una viva inquietud por formarse y comprometerse”. En el documento se plantea la necesidad de un laicado que se comprometa cristianamente en el mundo, atendiendo a su dimensión más específica: la secular. Aún persiste una clericalización del laicado, sin la asunción de una corresponsabilidad en el seno de la comunidad. Se requiere una participación activa del laicado, siendo protagonista en una Iglesia sinodal.

Un compromiso evangelizador con nuestra Región Extremeña

Las situaciones sociales, económicas, políticas, culturales y eclesiales de Extremadura reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de toda la Iglesia en nuestra Región. Vosotros, queridos laicos, sois corresponsables, junto a los sacerdotes y religiosos, de la misión de la Iglesia en nuestros pueblos y ciudades. Estáis llamados a ser agentes evangelizadores activos. Todo el Pueblo de Dios ha de anunciar el evangelio, todos somos discípulos misioneros. Ser Pueblo de Dios en el mundo implica un nuevo protagonismo de todos los bautizados⁹⁵.

En cuanto bautizados, no podemos vivir al margen de cuanto acontece en nuestro mundo. Hemos de tomar conciencia de que una Iglesia cerrada al mundo o indiferente y ajena a él, puede adoptar fácilmente comportamientos sectarios o caer en el espiritualismo o en el clericalismo. “Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37)”⁹⁶.

Vosotros, laicos, de manera particular, estáis llamados a construir el Reino de Dios en el mundo, respetando las leyes internas y la consistencia de las propias realidades terrestres: “Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios”⁹⁷. Sois vosotros los llamados a vivir vuestra específica, aunque no exclusiva, dimensión de secularidad. El campo propio, aunque no exclusivo, de la actividad evangelizadora de los laicos es la vida pública: “el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de la ciencia y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades

⁹⁵ Cf. EG, 111-121.

⁹⁶ EG, 49.

⁹⁷ EG, 176.

particularmente abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento”⁹⁸.

Aunque no fueron escritas solo para vosotros, laicos, sin embargo, estas palabras de *Evangelii gaudium* han de ser tenidas muy en cuenta especialmente por vosotros: “Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos”⁹⁹. Teniendo en cuenta estas reflexiones del Papa Francisco, quiero invitaros a participar activamente en la tarea evangelizadora de nuestra archidiócesis que incida en la realidad de nuestra Región extremeña.

Una caridad social y política¹⁰⁰

Ante las realidades sociales en que vivimos, especialmente ante las situaciones críticas que hemos señalado, vosotros, laicos, estáis particularmente llamados a vivir el “amor social”¹⁰¹; un amor que requiere del compromiso social y político de la fe. Os invito a ser testigos esperanzados del Reino de Dios, implicaros en el proyecto de crear una Extremadura nueva, que posea las mismas condiciones y derechos que las otras regiones. Hay que defender la dignidad del trabajo y del trabajo digno, tan esencial para la vida de las personas y familias. Hay que conseguir unas infraestructuras y medios de locomoción dignos y a la altura de las demás regiones. Se requiere un compromiso de todos (instituciones políticas, sociales, sindicales, eclesiales), para que, en diálogo consensuado¹⁰², se vaya progresivamente erradicando tanto la pobreza severa como la moderada en nuestra Región.

Se nos pide caminar como “expertos en humanidad”, retomando la feliz expresión de san Pablo VI en su discurso a la ONU en octubre de 1965. Expertos en humanidad sabiendo leer en el rostro de las personas sus heridas y sus necesidades; expertos en humanidad que no descartan a nadie; que llevan en el corazón el bien común y el futuro de todos nuestros hermanos, especialmente de los más marcados por el sufrimiento, la incertidumbre o las dificultades.

Hemos de tomar conciencia y reflexionar sobre nuestro papel personal y comunitario en los diferentes ámbitos de la vida pública en la que participamos, con el fin de involucrarnos en las dinámicas sociales que existen y contribuir, desde la defensa y cuidado de la dignidad y los derechos humanos de todas las personas, a transformar la sociedad desde lo concreto y cotidiano.

Espero que hagamos nuestras muchas de las reivindicaciones legítimas que se hacen desde el mundo agrario, desde nuestras industrias y desde el mundo laboral y familiar.

⁹⁸ EN, 70; CVP, 7; *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 45.

⁹⁹ EG, 183.

¹⁰⁰ Cf. FT, 176-197.

¹⁰¹ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor Hominis* (=RH), Ciudad del Vaticano, LEV, 1979, 4.

¹⁰² Cf. FT, 199-214.

Una espiritualidad laical

La *espiritualidad* en su sentido amplio consiste en vivir realmente con espíritu, no de forma inconsciente, automática, vacía. Según sea el “espíritu” que inspira e impregna nuestros proyectos y compromisos, así será nuestra espiritualidad. Y la espiritualidad cristiana consiste en el arte de vivir de una manera acorde con el Espíritu de Jesús o conforme a la espiritualidad que vivió Jesús. Consiste en seguir a Jesús de manera que su experiencia de Dios y su Espíritu sean los que configuren nuestra vida.

Un rasgo fundamental de esta espiritualidad es la unidad de fe y vida: la coherencia entre el compromiso y la oración: cultivar nuestra espiritualidad y orientar nuestro compromiso para construir el Reino de Dios y su justicia; ser contemplativos, buscar a Dios en el otro y mirar al otro desde Dios: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mc 25,34-45). Dice el Papa Francisco sobre la unidad entre la fe y la vida que “no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón”¹⁰³.

La exhortación del Papa Francisco sobre la llamada a la santidad en el mundo actual *Gaudete et exultate* nos da muchas orientaciones sobre cómo vivir la espiritualidad hoy. Os cito algunos de sus números a propósito de la espiritualidad que hemos de tener: “No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio [...] Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión [...] A veces tenemos la tentación de relegar la entrega pastoral o el compromiso en el mundo a un lugar secundario, como si fueran distracciones en el camino de la santificación y de la paz interior. Se olvida que «no es que la vida tenga una misión, sino que es misión». Esto no implica despreciar los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios. Al contrario [...] Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación”¹⁰⁴.

La formación del laicado

Siempre, pero, quizás actualmente más, debemos ser sensibles y tomar conciencia sobre la importancia, urgencia y necesidad de una formación seria e integral de los fieles laicos. La formación es clave para cimentar nuestra vida, ayudarnos a mirar y analizar la realidad desde la Palabra de Dios y discernir nuestro compromiso a la luz del Evangelio y según los principios y valores de la Doctrina social de la Iglesia.

En nuestra archidiócesis se viene desarrollando desde hace años un *Plan de Formación del Laicado*, que considero muy actual, particularmente después de la última revisión que se ha hecho. Me limito a transcribir algunos de los objetivos de esta formación:

¹⁰³ EG, 262.

¹⁰⁴ EG, 25-32.

- Fomentar el encuentro con Jesús por parte del creyente laico; comprender la vida cristiana en clave de discipulado y seguimiento de Jesús; intensificar la pertenencia a la Iglesia y vivir la comunión eclesial; profundizar en la corresponsabilidad personal orientada a la misión evangelizadora de la Iglesia; lleve a la “pasión por el pueblo”¹⁰⁵.
- Preparar para vivir encarnados en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente de los últimos de nuestra sociedad; preparar para poder involucrarse, alentar, acompañar y estimular todos los intentos y esfuerzos que ya hoy se hacen por mantener viva la esperanza y la fe en un mundo lleno de contradicciones, especialmente para los más pobres;
- Preparar a los laicos para que no se escoren hacia la apología que nace del miedo de sentirse atacados, sino que anime a los laicos a gozarse de sentirse salvados, a dar testimonio del Resucitado y a mostrar la fe como oferta de plenitud, sentido y vida;
- Dar consistencia y sentido al compromiso creyente en la familia haciendo de ella iglesia doméstica, en la sociedad, la cultura, la economía, la política, el mundo del trabajo para transformar todas las realidades temporales con el fermento del evangelio; esté centrada y que nos centre en los empobrecidos como el tesoro de la vida y misión de la Iglesia;
- Ayudar a profundizar en la dimensión evangelizadora de la caridad y de la acción social; promover una actitud de continua renovación y conversión, abierta a lo que el Espíritu dice hoy a la Iglesia;

Por otra parte, la formación que se ofrece según el *Plan de Formación del Laicado* pretende ser:

- Integral: que abarque todos los ámbitos de realización de la persona creyente.
- Gradual: recorriendo un itinerario formativo que se va completando gradualmente.
- Misionera y evangelizadora: en orden a la asunción de responsabilidades pastorales por parte de los destinatarios.
- Transformadora: orientada a la construcción del Reino de Dios entre los hombres.

Lo que se quiere con esta formación es favorecer un creyente comprometido en el seguimiento de Jesús en el mundo, en concreto en nuestra Región, con capacidad crítica, que asuma responsabilidades pastorales de manera reflexiva, a la luz de una teología sinodal, mirando al futuro en una Iglesia local decididamente evangelizadora.

¹⁰⁵ EG, 268.

En el tiempo que llevo entre vosotros he tenido la dicha de participar en la clausura y entrega de diplomas de diversos grupos que han participado en los itinerarios de las Escuelas de Formación Básica y he podido comprobar el compromiso y entusiasmo de muchos de ellos, así como del esfuerzo de muchos de los profesores. Mientras felicito a todos los laicos que han participado en estos cursos, así como los cursos impartidos por el *Instituto Superior de Ciencias Religiosas*, invito a los laicos a participar activamente en este *Plan de Formación del Laicado* y también a las distintas actividades del Instituto de Ciencias Religiosas y de la Delegación de Laicos. Al mismo tiempo pido a los sacerdotes que motiven a los laicos para que participen activamente en todas estas actividades, bien conscientes de que la renovación de la pastoral diocesana pasa necesariamente por la buena formación de nuestros laicos para que puedan asumir con competencia tareas propias de los agentes de pastoral.

Preguntémonos:

A) Para responder por los laicos:

- **¿Cuál es tu misión como laico en la Iglesia?**
- **¿Cómo es tu relación con los sacerdotes?**
- **¿Cómo es tu participación en la parroquia o en la diócesis? ¿Cómo te gustaría que fuera?**
- **¿Conoces la Delegación de laicos? ¿Qué esperas de ella?**
- **¿Qué ayudas necesitarías a nivel espiritual, humano y pastoral?**
- **¿Qué esperas de tu parroquia? ¿En qué ámbitos trabajas? ¿Qué mejorarías?**
- **Cosas negativas a cambiar. Cosas positivas a fomentar.**

B) Para responder por los sacerdotes:

- **¿Cómo viven nuestros laicos su compromiso cristiano con la realidad que nos rodea?**
- **¿Qué participación damos a los laicos en nuestra acción evangelizadora?**
- **¿Qué formación les estamos ofreciendo?**

LA FAMILIA, LOS JÓVENES, LAS PERSONAS MARCADAS POR EL SUFRIMIENTO

Me preocupa especialmente la situación de las familias y los jóvenes en nuestros pueblos y ciudades, y la de todos aquellos que hoy están viviendo el sufrimiento en sus vidas. Quisiera que en los próximos años centráramos nuestra evangelización en estos campos concretos.

La familia

El Papa Francisco insiste en los grandes beneficios que tiene la reconfiguración familiar, como son el reparto equitativo de las cargas, las responsabilidades y las tareas familiares. También insiste mucho en valorar convenientemente la comunicación personal de los esposos y de los padres con los hijos, así como de los procesos de humanización de las relaciones familiares. El Santo Padre también insiste en las graves dificultades que hoy vive la familia en el actual contexto cultural y social: el cambio antropológico-cultural; el creciente individualismo; nuestro modo de presentar las convicciones cristianas; la decadencia cultural que no promueve el amor y la entrega; la falta de oportunidades de futuro; una afectividad narcisista, inestable y cambiante; el descenso demográfico, debido a una mentalidad antinatalista y promovido por políticas mundiales de salud reproductiva; el debilitamiento de la fe y de su transmisión familiar; la falta de vivienda; las migraciones; la pobreza de muchas familias; ciertas formas de una ideología, llamada *gender*, que niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer. Esta presenta una sociedad sin diferencia de sexo, y vacía el fundamento antropológico de la familia. A todo ello hay que añadir las políticas que favorecen el aborto y la eutanasia.

En nuestro contexto extremeño nos encontramos con muchas familias sencillas, que viven su fe llanamente, con gran espíritu de solidaridad y acogida; familias con dificultades económicas y en situaciones precarias. Resaltar la situación de muchos ancianos que viven en la Extremadura vaciada, sufriendo grandes soledades y sin recursos suficientes para poder ser acompañados y cuidados en sus enfermedades. Y también a los jóvenes, que ante la falta de futuro en nuestras tierras tienen que emigrar a otras ciudades.

Ante estas situaciones, necesitamos laicos comprometidos con la familia cristiana que, junto con los pastores, afronten estos y otros muchos desafíos:

- Valorar la belleza del matrimonio y la familia.
- Implicarse en el asociacionismo familiar.
- Cuidar la transmisión de la fe en la familia.
- No delegar en otros la educación cristiana de los hijos.
- Formar en los valores evangélicos y ejercer una actitud crítica ante los desafíos que nos llegan.
- Acompañar, discernir e integrar la fragilidad de las familias.
- Colaborar como agentes de pastoral familiar en aquellas acciones pastorales que podamos ayudar en la comunidad cristiana.

Estas son algunas orientaciones, que posteriormente habrán de ser recogidas y ampliadas en el próximo Plan Pastoral Diocesano. Pido a la *Delegación Episcopal para la familia*, en estrecha relación con la *Delegación Episcopal para Laicos*, que se promuevan acciones concretas para la formación de familias cristianas, acciones para acompañarlas en situaciones de dificultad y en defensa de la vida.

Preguntémonos:

- **¿Qué podemos hacer en el campo de la formación de familias cristianas?**
- **¿Cómo podemos ayudar a las familias cristianas a transmitir la fe?**

Jóvenes

Extremadura perdió 20.900 jóvenes de entre 15 y 24 años entre los años 2021 y 2022, un 20% cada año, a mayor ritmo que la Unión Europea. Así se desprende del Informe sobre el mercado laboral juvenil de la Región, elaborado por la Junta de Extremadura. Un documento que arroja datos duros, ya que en una década la población activa en este colectivo ha disminuido casi un 40%.

Gran parte de la juventud extremeña ve cada vez más difícil construir un futuro profesional en la Región. La falta de oportunidades laborales, sobre todo en pueblos y localidades más pequeñas, es el detonante de la huida de estos jóvenes trabajadores. Por otro lado, los que eligen quedarse no corren la mejor de las suertes. El paro en los menores de 25 años en el cuarto trimestre de 2023 fue del 31,4%.

Como en toda España, nuestros jóvenes son poco o nada religiosos y se sienten poco escuchados y nada protagonistas en la Iglesia, a la que valoran negativamente. Piden que la Iglesia diocesana viva con empatía, transparencia, compromiso, misericordia, solidaridad, apertura de mente, amor, ilusión, esperanza...

Nuestra Iglesia diocesana está llamada a impulsar la *Pastoral Juvenil*, que tiene como finalidad acompañar al joven en su proceso de crecimiento como ser humano y en el desarrollo de su fe y su compromiso cristiano. Citando la Exhortación apostólica *Christus vivit* os propongo algunas líneas pastorales:

- *Primer anuncio*. Como bien sabemos, el primer anuncio consiste en anunciar que Dios nos ama y comunicar al mismo tiempo con alegría que uno es feliz porque experimenta ese amor. El primer anuncio está llamado a despertar en el joven una honda experiencia de fe, pero, al mismo tiempo, hacer que cada joven, una vez recibido el primer anuncio, se atreva a sembrarlo en esa tierra fértil que es el corazón de otro joven¹⁰⁶. Hemos de trabajar para que los jóvenes se conviertan en apóstoles y evangelizadores de otros jóvenes.
- *Formación*. Cualquier proyecto formativo, cualquier camino de crecimiento para los jóvenes, debe incluir ciertamente una formación doctrinal y moral. Es igualmente importante que esté centrado en dos grandes ejes: uno es la profundización del *kerigma*, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado; otro es el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio¹⁰⁷.

¹⁰⁶ Cf. FRANCISCO, *Christus vivit* (=ChV), 210.

¹⁰⁷ Cf. ChV, 213.

- *Acompañamiento*. La comunidad tiene un rol muy importante en el acompañamiento de los jóvenes, pues es la comunidad entera la que debe sentirse responsable de acogerlos, motivarlos, alentarlos y estimularlos. Esto implica que se mire a los jóvenes con comprensión, valoración y afecto, y no que se los juzgue permanentemente o se les exija una perfección que no responde a su edad¹⁰⁸.
- *Discernimiento*. Lo fundamental es discernir y descubrir que lo que quiere Jesús de cada joven es ante todo su amistad. Ese es el discernimiento fundamental. En el diálogo del Señor resucitado con su amigo Simón Pedro la gran pregunta era: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” (Jn 21,16). Es decir: ¿Me quieres como amigo? La misión que recibe Pedro de cuidar a sus ovejas y corderos estará siempre en conexión con este amor gratuito, con este amor de amistad¹⁰⁹.
- *Creatividad y compromiso social*. Quiero destacar que los mismos jóvenes son agentes de la pastoral juvenil, acompañados y guiados, pero libres para encontrar caminos siempre nuevos con creatividad y audacia¹¹⁰. No les pongamos trabas a su creatividad. No les cortemos las alas a sus sueños que portan aires de profecía. Acompañémoslos y con ellos hagamos discernimiento, dejando siempre abierta la puerta a las sanas iniciativas de los jóvenes, capaces de reinventar cada día la manera de anunciar y testimoniar a Jesús en todo lugar, en el día a día, en el deporte, en la cultura, en el arte, en la educación, en la diversión, en el ocio, en la enfermedad, en la cárcel...

Por otra parte, recordemos que hemos de acompañar a los jóvenes a comprometerse en el servicio a los demás. Una de las formas de ese servicio puede ser el voluntariado. Favorezcamos el voluntariado también entre los jóvenes, sabiendo que puede ser la puerta para un compromiso mayor y más duradero.

Mirando a nuestra archidiócesis considero necesario que se ofrezcan cauces de comunión entre todas las realidades pastorales, particularmente entre la *Delegación de Pastoral Juvenil* y la *Delegación de Pastoral Vocacional*. También considero fundamental que ambas Delegaciones, en el trabajo de coordinación y propuestas para la evangelización de los jóvenes, estén en estrecha relación con los párrocos y otros agentes de pastoral.

Desde el principio de mi ministerio en la archidiócesis he querido dar prioridad a la pastoral vocacional al sacerdocio y a la vida consagrada. Últimamente el Santo Padre ha recordado la necesidad de un compromiso personal y comunitario en la tarea de suscitar vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Ese compromiso pasa también por una propuesta concreta y directa. No tengamos miedo a dicha propuesta. No hacerla podría ser síntoma del poco entusiasmo con que vivimos nuestra vocación o simplemente que no confiamos en los jóvenes.

¹⁰⁸ Cf. ChV, 243.

¹⁰⁹ Cf. ChV, 250.

¹¹⁰ Cf. ChV, 203.

La *cultura vocacional* a la que me he referido ya varias veces en este tiempo que llevo entre vosotros es una responsabilidad de todos los agentes de pastoral, pero principalmente de los sacerdotes y de los consagrados. Pido a los párrocos que en todas las parroquias se creen grupos de oración por las vocaciones y que mensualmente se tenga una jornada vocacional, a ser posible con jóvenes. Lo mismo pido a los consagrados. También pido que todas las parroquias y comunidades eclesiales secunden las iniciativas de pastoral vocacional que nos van a llegar de los responsables del Seminario y de la *Delegación de Pastoral Vocacional*. Recuerdo que todos estamos llamados a propiciar la cultura vocacional en la archidiócesis. Recuerdo también a los sacerdotes y consagrados que la propuesta a los jóvenes de la vocación sacerdotal y a la vida consagrada es el termómetro de nuestra vocación.

Preguntémonos:

A) Para responder por los jóvenes:

- **¿Cómo te sientes en tu parroquia?**
- **¿Qué le pedirías a tu parroquia o comunidad eclesial a la que perteneces a nivel de acompañamiento en el camino de fe?**
- **¿Te has planteado alguna vez la posibilidad de que el Señor te pueda llamar a la vocación sacerdotal o de vida consagrada?**
- **¿Cómo ves a los sacerdotes y consagrados?**

B) Para responder por los agentes de pastoral, particularmente por los sacerdotes:

- **¿Qué idea tengo/tenemos de los jóvenes de hoy?**
- **¿Qué aspectos positivos veo en ellos?**
- **¿Cómo favorezco las relaciones intergeneracionales?**
- **¿Mi parroquia o comunidad eclesial cuenta con grupos de jóvenes cristianos?**
- **¿Cómo se acompaña en mi parroquia o comunidad eclesial a los jóvenes después de la confirmación?**
- **¿Qué formación cristiana les ofrecemos?**
- **¿Se fomenta entre ellos una cultura vocacional?**
- **¿Se les plantea la posible llamada a la vida sacerdotal o consagrada?**

Las personas marcadas por el sufrimiento

Cristo es la visibilización de las entrañas de Dios, pues “nadie conoce al Padre sino el Hijo” (Mt 11,27). Él es el Amor misericordioso de Dios encarnado, del Dios que ha querido encarnarse en la historia haciéndose pobre, anonadándose (cf. Flp 2,6-8), trayendo un mensaje de vida, esperanza y liberación para los más empobrecidos y para aquellos que viven en situaciones de vulnerabilidad, fragilidad, etc. (cf. Jn 10,10). En Él, la Buena Noticia es anunciada a los pobres (Lc 4,18). Él fue aliento y sentido para los pobres y marginados, para los enfermos y los pequeños. A partir de él, existencias marginadas y vulnerables intuyen un nuevo futuro y se abren a la esperanza.

Lo que le mueve a actuar a Jesús es la compasión, que es la emoción más profunda que surge desde el corazón, desde las entrañas (entrañas, útero materno). La compasión es la respuesta al sufrimiento. Se trata de la actitud de aquel que, viendo una situación de necesidad del otro, se mueve, tiende su mano para ayudarlo y lo saca de esa situación (cf. Mt 36). La compasión es el tomar la iniciativa desde el amor. Y esta compasión y misericordia toma cuerpo en la solidaridad gratuita.

En el documento de la Conferencia Episcopal Española, *La Iglesia y los pobres*, se nos recuerda que “Jesús nos dejó como dos sacramentos de su presencia: uno, sacramental, al interior de la comunidad: la Eucaristía; y el otro existencial, en el barrio y en el pueblo, en la chabola del suburbio, en los marginados, en los enfermos de Sida, en los ancianos abandonados, en los hambrientos, en los drogadictos... Allí está Jesús con una presencia dramática y urgente, llamándonos desde lejos para que nos aproximemos, nos hagamos prójimos del Señor, para hacernos la gracia inapreciable de ayudarnos cuando nosotros le ayudamos”¹¹¹.

La vivencia de la caridad nos identifica con Cristo y, al mismo tiempo, lo hace presente en medio del mundo. En la introducción de *Deus Caritas est*, Benedicto XVI deja claro que el amor es una manifestación de Dios, que, en la persona de Jesús, se convierte en don para el hombre. Hablamos, por tanto, de un amor que no es puro sentimiento, ni tampoco se puede resumir en pura solidaridad, aun sabiendo todo el desarrollo que Juan Pablo II hace de esta palabra en sus muchos escritos. Es una realidad que encierra en sí toda una pedagogía que hace salir al hombre de sí mismo hacia la liberación en la entrega del sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios.

No podemos llevar a cabo nuestra misión evangelizadora sin transmitir la Buena noticia a los pobres, a los enfermos, a los que sufren por cualquier motivo en sus vidas. Desde las instituciones eclesiales, y muy particularmente desde *Cáritas*, la *Pastoral de la Salud* y *Manos Unidas* hemos de ser signos creíbles del amor de Dios a ellos.

Cáritas no es en la archidiócesis una organización carismática optativa que, desde fuera, se pone al servicio; ni una sucursal de una organización supradiocesana. Es, más bien, un ministerio pastoral con el que el obispo promueve y garantiza autorizadamente la responsabilidad de su Iglesia particular en la promoción, armonización y actualización de un dinamismo irrenunciable de la Iglesia que preside: la

¹¹¹ CEE, *La Iglesia y los pobres* (=IP), 22.

acción socio-caritativa, como parte esencial de la acción evangelizadora, junto al ministerio de la Palabra y la acción litúrgica. *Cáritas* nos recuerda la fidelidad de la comunidad a esta misión liberadora, ya que la razón última de su existencia es ser expresión del amor preferencial por los pobres y todos aquellos que hoy están sufriendo.

Hago una llamada a todas las parroquias a potenciar la acción socio-caritativa dentro del territorio parroquial por medio de *Cáritas*, y, según sus posibilidades, a trabajar en colaboración con *Cáritas* diocesana, a la que animo a seguir trabajando, no solo para salir al paso de necesidades inmediatas, lo cual también es necesario, sino impulsando proyectos duraderos que ayuden a los más necesitados a salir de las situaciones de vulnerabilidad en que se encuentran. Pienso, sobre todo, en la vivienda y en un trabajo justamente remunerado. Y a todos recuerdo las palabras de la Escritura Santa: “Hay más alegría en dar que en recibir” (*Hch* 20,35). Pido, también, colaborar con *Manos Unidas* y con la *Delegación de Pastoral de la Salud*.

Queridos hermanos y hermanas, en estos momentos estamos llamados a soñar y construir una comunidad diocesana que:

- Sueñe y vele, cuide y proteja la dignidad de las personas y defienda los derechos humanos de todas las personas, las de *cerca* y las de *lejos*; que se haga cargo de sus vidas, acompañando sus procesos, denunciando toda clase de injusticias, y que trabaje para hacer posible nuevas oportunidades y un futuro digno.
- Enfoque la acción evangelizadora dando pasos hacia una ecología de la vida cotidiana, buscando una mejora integral en la calidad de vida humana y en los espacios donde transcurre la existencia de las personas. Si se desarrollan relaciones humanas cercanas y cálidas, si se crean comunidades fraternas, si los límites del ambiente se compensan en el interior de cada persona, que se siente sostenida por una red de comunión y de pertenencia, dejamos espacio a que brote la vida digna allí donde estamos y que se produzca el milagro de la salvación comunitaria.
- Sane, cuide y se cuide y no se centre solamente en curar heridas. El cuidado se teje desde el respeto, la confianza, el estar y la escucha, y afecta no sólo a las relaciones personales sino también a las relaciones sociales y políticas que sostienen nuestro modelo social. Necesitamos cultivar una ciudadanía que se cuide y cuide, que se gesta en lo pequeño y local de nuestras relaciones cotidianas y domésticas. El cuidado necesita que cultivemos la ternura en nuestro gesto y en nuestra mirada; en el tono de nuestra voz y en la palabra que emitimos; en el ritmo de nuestro hacer y en el de dejarnos ser.
- Acompañe. Acompañar implica conocimiento y cercanía, proximidad y complicidad, y eso genera confianza y credibilidad. Acompañar se convierte en un estar cercano en el que la fe, la alegría y la capacidad de soñar se contagian, y es posible animar e impulsar las posibilidades de las personas, incluso de aquellas que permanecen ocultas o invisibles a nuestra evidencia.
- Se comprometa con la vida, se haga cargo de la realidad. Un buen ejemplo lo tenemos en la parábola del samaritano. El samaritano se hizo cargo del herido al borde del camino: se paró ante él, se le acercó, se implicó sanando sus heridas y

compartió su tiempo, su conocimiento y sus recursos. Pero no se quedó ahí. Fue a pedir ayuda a otros, involucrándolos en las tareas del cuidado y del acompañamiento. Se fue, volvió a sus quehaceres, pero prometió que volvería (cf. Lc 10,25-37). La red que había tejido con aquel hombre herido, el posadero y quienes allí podían ayudar, se convirtió en un nuevo proyecto para rehabilitar la vida de todos. A partir de aquel día, sus vidas ya no serían igual. Todos y cada uno le darían un nuevo sentido, y todos se comprometerían con una misión que llenaría de sentido sus vidas.

Afrontamos un nuevo tiempo de compromiso y de esperanza que nos convoca a creer y a confiar, como hizo María: “que se haga en mí” (Lc 1,38); que, a través de mí, de nosotros, la vida sea posible con gestos de ayuda mutua, de participación y cuidado de todo lo común. Pero también es un tiempo para sanarnos y reconciliarnos con el dolor, la impotencia y la frustración que nos genera la injusticia, la violencia y el egoísmo que vive en cada uno de nosotros y en el resto de la humanidad.

Mientras agradezco a la *Delegación Episcopal de Pastoral de la Salud* todo lo que hace para garantizar la presencia de la Iglesia en hospitales y en residencias para ancianos, pido que dicha Delegación, en colaboración con la *Delegación para los Laicos*, elabore un plan de atención a los enfermos, especialmente a través del voluntariado cristiano.

Preguntémonos:

- **¿Cómo se manifiesta concretamente mi solidaridad con los más necesitados y con las personas vulnerables?**
- **¿Estoy dispuesto a salir de mí mismo, de mi bienestar, para ayudar a los demás dando de mi tiempo y compartiendo mis medios para ayudarlos?**
- **¿Estoy dispuesto a involucrar a otros en tareas socio-caritativas?**

A LOS PERIODISTAS Y AUTORIDADES

A los periodistas

Una palabra particular a vosotros que estáis al servicio de la información en nuestra archidiócesis. Ante todo, esa palabra quiere ser de gratitud por vuestra alta misión de llevar la verdad a todos los sectores de la sociedad.

También quiero pedirlos y lo hago con palabras del Santo Padre, el Papa Francisco: contad con objetividad el ser humano, la realidad de las personas, de la Iglesia y de la sociedad en general. Huid de los cuatro pecados en que puede caer un periodista: la desinformación, la calumnia, la difamación y la coprofilia.

Que nadie os robe la libertad de estar al servicio de la verdad. Y no os dejéis contagiar por el veneno que hace una interpretación sucia de los acontecimientos. Sobre los acontecimientos tened siempre una mirada humanizadora.

Nunca os dejéis atrapar por la ideología. Y, con la verdad por delante, desarmad a los profetas de confusión y de pesimismo. Haceros expertos en buenas noticias. Ayudadnos a descubrir siempre un rayo de luz en las cicatrices de mundo. Ayudadnos a escuchar la voz de quien es capaz de ver lejos.

A las autoridades

En cuanto Pastor de esta Iglesia local tiendo una mano para una colaboración en todo lo que sea buscar el bien de las personas que nos han sido confiadas y el desarrollo de nuestra Región. En esa búsqueda las autoridades encontrarán siempre una gran disponibilidad y apertura de esta Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz.

Que nuestro poder, el mío y el vuestro, sea, como ya dije en otro contexto, el servicio a todos, particularmente a los más vulnerables. Pongámonos en actitud de escucha del pueblo, pues solo así evitaremos la tentación de dar respuestas a preguntas que nadie se hace o ser víctimas de nuestros propios intereses. Trabajemos juntos para resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres, sin olvidar los gestos más sencillos y cotidianos de solidaridad frente a las miserias concretas que encontramos en el día a día. Trabajemos juntos para crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de priorizar la vida de todos, respecto a la apropiación de los bienes de parte de algunos. Abramos juntos caminos de solidaridad. Y, en todo esto, que nuestro actuar no responda a actitudes oportunistas o diplomáticas (cf. EG, 154).

VI

PARA CONCLUIR

Queridos hermanos y hermanas que formáis el Pueblo Santo de Dios en esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz:

Vivimos tiempos en los que necesitamos un dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo que nos rodea (cf. Mt 5,13-16), sumergido muchas veces en las tinieblas de la indiferencia. Con frecuencia vivimos instalados, huyendo de compromisos que nos arrebatan nuestro tiempo, obsesionados por preservar espacios de autonomía, como si el ponernos en camino, como si formar parte de una Iglesia en salida “fuese un veneno peligroso y no una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos”¹¹². Si no estamos vigilantes podemos caer fácilmente en una mezcla de frialdad espiritual, aridez, desaliento, acedia pastoral o pesimismo estéril que nos ocupa todo el espacio interior¹¹³. Cuando todo esto penetra en nuestro corazón, desfallecen en nosotros las ganas de seguir, la energía para trabajar apostólicamente, el vigor de confiar en sí y en los demás, el ánimo para orar.

Probemos hasta el fondo el gusto de la misión y la alegría de anunciar el Evangelio, cada uno según su propia vocación. No cedamos nunca a la *acedia paralizante*. No nos convirtamos en *momias de museo*. Huyamos de la *tristeza dulzona*, sin esperanza. No olvidemos nunca que nuestra misión es la de comunicar vida, ser profetas de esperanza. Con palabras del Papa Francisco os pido: “¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!”¹¹⁴.

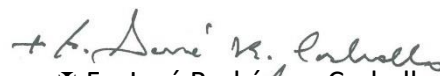
La Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz necesita de discípulos y misioneros audaces que descubran el trigo en medio de la cizaña. ¡Confiemos en el Espíritu, dejémonos conducir por él, seamos generosos!

A María, la siempre virgen, la Madre del Evangelio viviente, le pedimos que, como ella, mujer de fe, caminemos en la fe, vivamos en la fe. Le pedimos que nos obtenga del Señor la humildad y la ternura, virtudes de los fuertes de verdad, como ella, Madre humilde y tierna. Le pedimos tengamos una mirada contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana.

“Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros” (Papa Francisco). *Fiat, fiat, amen, amen.*

Os abrazo y bendigo.

En Badajoz, 17 de septiembre, memoria de los Estigmas de san Francisco, de 2024.


✠ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz

¹¹² EG, 81.

¹¹³ Cf. EG, 81. 83.

¹¹⁴ Cf. EG, 83.

Abreviaturas

Sagrada Escritura

1 Cor	Primera carta a los Corintios
1 Jn	Primera carta de Juan
1 Pe	Primera carta de Pedro
1 R	Primer libro de Reyes
1 Tes	Primera carta a los Tesalonicenses
1 Tim	Primera carta a Timoteo
2 Tim	Segunda carta a Timoteo
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Cant	Cantar de los Cantares
Ex	Éxodo
Flp	Carta a los Filipenses
Gal	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Hch	Hechos de los Apóstoles
Heb	Carta a los Hebreos
Jn	Evangelio de Juan
Jr	Jeremías
Is	Isaías
Lc	Evangelio de Lucas
Mc	Evangelio de Marcos
Mt	Evangelio de Mateo
Rm	Carta a los Romanos
Sal	Salmo

Documentos eclesiales

AG	Decreto <i>Ad Gentes</i> sobre la actividad misionera de la Iglesia (7 de diciembre de 1965)
ChL	Exhortación apostólica <i>Christifideles Laici</i> sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo (30 de diciembre de 1988)

- ChV Exhortación apostólica postsinodal *Christus Vivit* a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios (25 de marzo de 2019)
- EG Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual (24 de noviembre de 2013)
- EN Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo (8 de diciembre de 1975)
- ES Carta apostólica *Ecclesiam Suam* sobre el mandato de la Iglesia en el mundo contemporáneo (6 de agosto de 1964)
- FT Carta Encíclica *Fratelli Tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (3 de octubre de 2020)
- GS Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual (7 de diciembre de 1965)
- IP Documento de trabajo *La Iglesia y los pobres* de la Comisión E. de Pastoral Social (1994)
- LG Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (21 de noviembre de 1964)
- PDV Exhortación apostólica postsinodal *Pastores Dabo Vobis* sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual (25 de marzo de 1992)
- RH Carta Encíclica *Redemptor Hominis* (4 de marzo de 1979)
- VC Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo (25 de marzo de 1996)

Otras

- Cap. Capítulo
- CEE Conferencia Episcopal Española
- D.m. Dios mediante
- Exh. Exhortación
- Id. *Idem*
- LEV Librería Editrice Vaticana
- ONU Organización de las Naciones Unidas
- PIB Producto Interior Bruto
- PRIVA Plan de Reparación Integral a las Víctimas de Abusos sexuales a menores y personas vulnerables equiparadas en derecho
- Ss. Sigüientes
- ST Sal Terrae
- SVM Saludo a la Virgen María (san Francisco de Asís)

